

LA RECEPCIÓN DEL CONCILIO VATICANO II EN EL PUEBLO DE DIOS

Testimonios sobre la renovación desde las formas de vida*

I

Presentación

1. Recepción del Concilio Vaticano II

Hablar de “recepción” de un concilio supone un conjunto de hechos –dentro de la Iglesia– que hace posible que la determinación o decisión de un concilio –sus contenidos de verdad– sea recibida por parte de las iglesias como conveniente para su vida; preguntarse por la recepción de un concilio es plantear cómo se desarrolla el proceso por el cual se da un consentimiento o “confirmación” por parte de las iglesias.¹ Según Congar, en la recepción se da algo muy distinto de lo que entienden los escolásticos por obediencia –en la dinámica súbdito-pre-

* El presente Panel, coordinado por la Dra. Virginia R. Azcuy, tuvo lugar durante el Curso de Extensión 2012 organizado por la Facultad de Teología. La temática estuvo dedicada al tema: “50 años del Concilio Vaticano II. Acontecimiento, Textos y Testigos”. El Panel fue realizado en dos sedes: el 24 de mayo, en la Facultad de Teología, con la presencia de la Lic. Carolina Bacher Martínez, laica casada; el Dr. Luis Liberti, sacerdote misionero del Verbo Divino; Mons. Jorge E. Lozano, obispo de Gualeguaychú y presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y la Lic. Josefina Llach, religiosa Esclava del Sagrado Corazón de Jesús. Se repitió el 25 de septiembre, en la Sede Central de la Universidad Católica Argentina, con la presencia de la Lic. Bacher y la Hna. Lic. Llach; Mons. Dr. Pablo Sudar y Mons. Dr. Mario Poli, Arzobispo de Buenos Aires. En esta ocasión sólo se presentan cuatro de estos aportes representando las diversas formas de vida en la Iglesia. La coordinadora del panel, ofrece una presentación, un breve testimonio y una lectura global a modo de reflexión final.

1. Cf. Y. CONGAR, “La recepción como realidad eclesiológica”, *Concilium* 77-80 (1972) 57-86.

cepto—; la recepción “implica un aporte propio de consentimiento, de juicio en ocasiones, expresando así la vida de un cuerpo que pone en juego recursos espirituales originales”.² Recibir el Concilio Vaticano II significa entonces, básicamente, disponerse al proceso eclesial de consentir, confirmar y discernir lo dado en él para el bien de la Iglesia.

Para Ángel Antón, el Concilio Vaticano II representa un “estímulo indirecto” para crear una conciencia y una praxis nuevas de recepción, primero a través de la re-recepción de los concilios precedentes y luego en su aporte sobre una comprensión teológicamente más completa de la revelación y la Iglesia: “la *Dei Verbum* parte del presupuesto que el binomio «Tradición-Recepción» es un elemento constitutivo del *ser* mismo y de la *misión* que la Iglesia está llamada a realizar”.³ A partir del concepto de revelación-transmisión del mensaje cristiano expuesto en *Dei Verbum*, que entiende la transmisión sobre todo como actuación vital del acontecimiento de gracia comunicado a la humanidad, Antón propone como noción eclesiológica de recepción al proceso complejo y lento por el cual una comunidad cristiana diferenciada en sí y diferente de las otras en el ámbito inter-eclesial, con la asistencia del Espíritu Santo, reconoce como un bien para sí y acepta nuevas comprensiones del mensaje cristiano contenido en la Escritura y la Tradición viva de la Iglesia como elementos auténticos de la fe católica y apostólica. De este modo, la recepción incluye, en sentido global, todo lo que la Iglesia es y cree: el *depositum fidei*, su proposición auténtica por parte de quienes poseen el carisma de la verdad y otras múltiples formas de expresión y testimonio del mensaje cristiano, que son fruto del *sensus fidei* de la totalidad de los fieles y se transmiten de diversas formas.⁴

Otro aspecto puede ayudarnos a entender el camino que se abre con la recepción de un concilio y, en particular, con la acogida del Concilio Vaticano II es la relación que existe entre los contenidos de verdad y la vida de la Iglesia. Entre los principios orientadores para interpretar las enseñanzas conciliares, Walter Kasper señala en primer

2. CONGAR, “La recepción como realidad eclesiológica”, 58.

3. A. ANTÓN, “La «recepción» en la Iglesia y eclesiológica (II)”, *Gregorianum* 77,3 (1996) 437-469, 445.

4. Cf. *ibid*, 445-446.

lugar que “hay que entender y practicar de forma íntegra los textos del Concilio Vaticano II; no se trata de destacar aisladamente determinadas afirmaciones o aspectos”.⁵ Y el segundo principio, inseparable del anterior, afirma que es necesario entender como unidad la letra y el espíritu del Concilio, por lo cual “no es posible practicar una exégesis literal y legalista de los textos conciliares, sin dejarse empujar por el espíritu de ellos”.⁶ La orientación de Kasper podría resumirse diciendo que la recepción del Vaticano II exige un consentimiento a sus contenidos de verdad –textos y espíritu– para ser practicados en la Iglesia; la recepción en tanto interpretación nos invita a estudiar para entender, convertirnos para practicar y testimoniar para anunciar.

También H. J. Pottmeyer reflexiona en esta clave distinguiendo los dos aspectos de la recepción que se implican mutuamente: la interpretación de los textos y el movimiento de renovación. Al hablar del Vaticano II, afirma que “si el mismo Concilio se reconoció como un «Pentecostés», su recepción auténtica no puede ser sino una renovación de la Iglesia en el Espíritu Santo; ésta es una tarea que se impone a la interpretación del Concilio y que va más lejos que una simple interpretación de los textos (...) es necesario el discernimiento de espíritu o *discretio spirituum*”.⁷

No es aquí la ocasión para hablar de la recepción del Concilio en la II Conferencia de Medellín,⁸ pero sí para recordar brevemente las palabras de Mons. Eduardo Pironio⁹ sobre la recepción de Medellín:

“Ser fieles a Medellín exige interpretar y asumir *su espíritu* (...) no quedarnos en una incompleta o literal interpretación de sus escritos (...) [porque] hay cosas que necesitan ser revisadas y profundizadas, releídas en un contexto dinámicamente nuevo.”¹⁰

5. W. KASPER, “El desafío permanente del Vaticano II. Hermenéutica de las aseveraciones del Concilio”, en: *Teología e Iglesia*, Barcelona, Herder, 1989, 401-415, 408.

6. KASPER, “El desafío permanente del Vaticano II”, 409.

7. H. J. POTTMEYER, “Hacia una nueva fase de la recepción del Vaticano II. Veinte años de hermenéutica del Concilio”, en: G. ALBERIGO; J.-P. JOSSUA, *La recepción del Vaticano II*, Madrid, Cristianidad, 1987, 66.

8. Cf. C. SCHICKENDANTZ, “Único ejemplo de una recepción continental del Vaticano II”, *Teología* 108 (2012) 25-53.

9. En ese entonces Obispo de Mar del Plata y Presidente del Celam.

10. E. PIRONIO, *En el espíritu de Medellín. Escritos Pastorales Marplatenses II*, Buenos Aires, Editora Patria Grande, 1976, 49-51.

También en este caso de recepción continental, latinoamericana, se pone de manifiesto la relación entre espíritu y textos, junto a la idea de recepción como asentimiento y discernimiento; su dimensión práctica y procesual se indica en otras afirmaciones como: “la conversión no se ha agotado y el servicio está apenas empezado”.¹¹ La recepción es un proceso en el tiempo, siempre abierto. Ella está situada, en última instancia, en el horizonte de la escucha de la Palabra.

2. *La recepción en el Pueblo de Dios*

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, vale la pena considerar la importancia de todo el Pueblo de Dios en el proceso de la recepción. Retomando la distinción de Pottmeyer, interpretación de los textos y movimiento de renovación, se puede decir que la recepción puede ser considerada desde esta doble perspectiva: los textos y la vida eclesial. La recepción del Vaticano II puede explorarse en los documentos pontificios, los Sínodos Nacionales, las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano –Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida–, los Sínodos de la Iglesia Universal y de las Iglesias locales, y los documentos de las Conferencias Episcopales Nacionales, los teólogos y las teólogas que releen e interpretan el magisterio de la Iglesia. Asimismo, la recepción del Concilio puede investigarse y relatarse a partir de la vida de las iglesias, en cuanto movimiento de renovación llevado a las prácticas cristianas. Esta última forma de recepción implica que *cada una de las formas de vida* en la comunidad eclesial está llamada a realizar este proceso de interpretación y renovación junto con las demás: una verdadera tarea de aprendizaje y apertura mutua, un exigente desafío espiritual y teologal para todas y todos los bautizados.

La recepción del Concilio Vaticano II en la vida eclesial es necesaria para que se dé una “recepción plena”; asimismo, se manifiesta como un proceso que requiere tiempo, continua apropiación del Evangelio en nuevas circunstancias, siempre inacabado.¹² La historia de esta

11. E. PIRONIO, *En el espíritu de Medellín*, 48.

12. Cf. SCAMPINI, “La noción de recepción”, 117.

“recepción vivida” está por escribirse, es en una enorme medida desconocida e inexplorada, pero constituye un aporte indispensable para el discernimiento espiritual de las iglesias. A continuación, recordando que el sujeto de la recepción eclesiológica es todo el Pueblo de Dios, nos disponemos a escuchar el testimonio de cuatro bautizados –un obispo, una laica, un sacerdote y una religiosa–, que nos ayudará a percibir la diversidad de las formas cristianas, la complejidad y la actualidad de la recepción que tenemos por delante en fidelidad al Concilio.

II

**“Ser lenguaje que exprese al Dios cercano, compasivo,
reconciliador, garantía de la dignidad de cada ser humano”.
La renovación desde la vida consagrada
y en especial la vida religiosa**

1. Testimonio

Puedo decir que mi vocación se gesta y se forma en el marco del Vaticano II. La vocación fue para mí algo más profundo y más sagrado que las circunstancias y las formas, aunque en ese momento no me diera cuenta. Para responder al llamado tuve que pasar por encima de muchas cosas formales que me molestaban o me costaban. Lo que me sostenía y animaba era ese “llamado” que está más allá de las explicaciones, que llena el corazón desde lo absoluto que podemos desear. Teniendo esto en cuenta, el Concilio fue la respuesta a mucho de lo que yo, sin poder tematizarlo, ansiaba con toda mi alma, aunque no perteneciera a lo básico de la vocación, sino al nivel simbólico, formal y tiñera por tanto la misión.

Creo que la vida consagrada ha sido y es una caja de resonancia del momento histórico, eclesial y social, con sus más y sus menos. Pero hace 50 años, la vida religiosa condensaba lo más obsoleto de la vida eclesial.¹³

13. Había costumbres y estructuras que respondían, no al siglo XIX, sino a la edad media, sobre todo a nivel del lenguaje, que no es accidental, sino esencial a la Iglesia.

La conocidísima imagen de Juan XXIII queriendo abrir las ventanas de la Iglesia y anunciando la primavera, expresa lo que viví como liberación, inspiración e impulso, a pesar de la poca experiencia de mis 18 años, que sabían y vivían muchas cosas más intuitiva que racionalmente. El genio del Vaticano II y lo que significó en nuestra vida consagrada, puedo sintetizarlo en las cuatro constituciones conciliares:

La liturgia,¹⁴ el gran medio de comunicación social del cristianismo, volvía a ser comunicación: podíamos entenderla, cantarla, actuarla de manera significativa. No oírla sino hacerla: participar. La liturgia volvía a ser experiencia de comunicación con Dios y con los demás, espacio de recibir el don del amor del Padre, por Jesús, en el Espíritu, y acogerlo, abrazarlo y devolverlo con gestos y con palabras propias. Para mi vocación fue sobre todo significativa la vivencia renovada de la Eucaristía, “fuente y culmen de la vida cristiana”, como había dicho, 80 años antes, Santa Rafaela María: *de la eucaristía sale todo*. La adoración siguió teniendo el lugar propio en nuestra vida, una hora diaria cada hermana, “para poner a Cristo a la adoración de los pueblos”. Pero pudimos vivirla con el sentido integrador que le dio el Concilio.

El Vaticano II presentó a Iglesia¹⁵ como el espacio común, del que todos formamos parte, en el que es más importante lo que nos identifica que aquello que nos distingue. Una Iglesia que sale del designio salvífico de Dios Trino, para poder ser también nosotros familia de Dios. La Iglesia se presentó como la comunión en la que participábamos, la comunión de la que nuestras pequeñas comunidades querían ser reflejo.

En el Concilio, la Iglesia también se dijo a sí misma “sacramento de la unión de los hombres, con Dios y entre sí”: Iglesia signo, Iglesia servidora, Iglesia testigo, Iglesia para celebrar el amor de Dios y para el mundo. En este sentido, significó para nosotros estar dentro, participar, apostar por la unidad, mirar el mundo como familiar aún con las diferencias. Lo más importante fue la conciencia eclesial y una conciencia que a la vez que nos afirmaba en la identidad común, nos movía a ir hacia afuera, a comprender que el afuera era también nuestro y que nosotros éramos copartícipes de una humanidad común, con las mismas

14. *Constitución sobre la sagrada liturgia, Sacrosanctum Concilium*, 4 de diciembre de 1963.

15. *Constitución dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium*, 21 de noviembre de 1964.

penas, con los mismos gozos y problemas. Dijo claramente que la santidad, como llamado, deseo, camino y meta, es el bien común de todos los bautizados y que por tanto, no nos distinguimos por ser mejores ni peores, sino por querer decir lo absoluto del amor de Dios para todos.

Esta visión, estos sentimientos y decisiones se sustentaban porque el Concilio había vuelto a poner en nuestras manos la Biblia.¹⁶ Para la vida religiosa este hecho significó una experiencia fundante. La falta de un contacto más directo con la Escritura y con la liturgia, las dos grandes fuentes de la vida cristiana, había dejado a la vida consagrada congelada, mutilada, entumecida. Porque la Escritura y la Liturgia no solo nos comunican con el Dios de Jesús, sino que también educan nuestra mirada y nuestros oídos para mirar, escuchar, tocar y comprender a nuestro mundo con el amor, la compasión, la honestidad como el Padre con el Hijo y el Espíritu lo miran y lo tocan. Poder rezar con la Biblia, la lectura orante, dio brillo, alegría, lucidez y profundidad al corazón consagrado y alas al despliegue evangelizador.

Por fin, el Concilio expresó esa sintonía nueva en una “Constitución Pastoral”.¹⁷ Este documento nos conectó con el mundo. Después de siglos de mirar con desconfianza a la sociedad civil, la *Gaudium et spes* nos cambió la mirada y el corazón. No desde arriba ni desde abajo, sino “con”, “al lado”. El mundo es mi mundo, nuestro mundo. Y la mirada de fe es por definición una mirada de confianza y esperanza y sólo desde ahí capaz de crítica y discernimiento. Fue, es cierto, una mirada particularmente optimista –demasiado quizás–, como reacción a siglos de desconfianza.

Gaudium et spes nos habló del suelo común que tenemos todos los seres humanos: nuestra dignidad. Una dignidad fundada en ese Corazón Salvador de Dios, que nos crea a su imagen, que nos va contando sus planes en la historia, nos perdona cuando pecamos y esto lo hace de la manera más sorprendente, más insólita: Dios mismo se hace ser humano. No eran verdades nuevas, pero sí verdades que se habían silenciado, o mejor aún: de las que no se sacaban las consecuencias

16. *Constitución dogmática sobre la divina revelación, Dei Verbum*, 18 de noviembre de 1965.

17. *Constitución pastoral Gaudium et Spes, sobre la Iglesia en el mundo actual*, 7 de diciembre de 1965. Aunque la Constitución se llama “pastoral” y no “dogmática”, nos dio claros elementos doctrinales que también iluminaron el caminar de la vida consagrada.

antropológicas, sociales, pastorales. Un “depósito” guardado demasiado celosamente, intelectualizado, de modo que su agua no podía fecundar con todo su enorme potencial, nuestra tierra humana. Este fundar la antropología en Cristo ha sido y seguirá siendo la gran definición del Vaticano II. ¿Es poco que esto haya sido causa de alegría, misión y solidaridad, de ir a los márgenes, recobrar la autoestima y mirar los votos más como la elección de algo mejor que como la renuncia a algo peor?

2. *Intermezzo*

Cincuenta años, la mitad de un siglo: ha sido un caminar de la Iglesia en el mundo, en medio de la humanidad. Por eso, van aquí unas palabras, unas señalizaciones acerca del cambio de época que se da en nuestro mundo. Simplificando y sintetizando, podríamos decir que el mundo contemporáneo, en su pensamiento y en sus prácticas, se ha ido moviendo desde la modernidad hacia la posmodernidad:

<i>En cuanto a:</i>	la modernidad	la sensibilidad posmoderna
<i>el centro de interés</i>	el proyecto, el compromiso	vivir el hoy de la mejor manera
<i>la capacidad que prima</i>	la razón, la objetividad	el sentimiento, lo subjetivo
<i>la preocupación</i>	Comunitaria	Personal/individual
<i>área del conocimiento</i>	filosofía y política	arte, música, diseño
<i>área de la visión</i>	el sistema, la totalidad	las partes, el fragmento, el individuo
<i>Modo del enseñar / aprender / pensar</i>	la explicación orgánica	el relato: todo es relativo

Creo que hay zonas humanas que siguen siendo compartidas y continuadas en este cambio de época: la ciencia, la técnica, la comunicación –aunque esta tiende a ir cada vez más hacia lo virtual–. En cuanto al lugar de Dios en la vida y el pensamiento, nuestro mundo se mueve entre la secularización y el agnosticismo por un lado y las búsquedas religiosas y de trascendencia por otro. Búsquedas muy abiertas, muy sincréticas, desligadas de compromisos institucionales.

También nos unimos, modernos, posmodernos, cristianos, en la solidaridad, con una gran diversidad de expresiones: en acciones civiles, estatales, eclesiales y en red, en la atención a los más necesitados y hacia los derechos humanos.

3. Algunas interpretaciones: la vida consagrada 20 años después

1. *Sobre medio siglo de peregrinaje.* Iglesia y mundo interactúan continuamente. El Concilio plantea no una aceptación acrítica de los parámetros culturales, sino dos dimensiones: la mirada positiva, como la de Dios, que se compadece, entra en sintonía, “salvando la proposición del prójimo”. Y luego, el discernimiento, el pasar por el tamiz del diálogo iluminado por los criterios del Reino, las propuestas o presiones que recibimos. Para considerar la recepción del Concilio en la Vida Consagrada, propongo mirar estos 50 años de caminar en *tres períodos*, de unos 16/17 años cada uno, sobre todo alrededor de *un tema* particularmente sensible para la vida consagrada, como es el de las vocaciones. Partimos de un cuadro comprensivo:

TEMAS	primer período 1962-1978	segundo período 1979-1995	tercer período 1996-2012
Textos	Vaticano II Medellín teología de la liberación	Evangelii Nuntiandi Puebla evangelizar la cultura	Novo Millennio Ineunte Vita Consecrata S. Domingo / Aparecida

TEMAS	primer período 1962-1978	segundo período 1979-1995	tercer período 1996-2012
paradigma (acción, imagen)	- ir a los márgenes, a los pobres - compromiso social - prescindir del vestido “religioso”	- peregrinaciones a pie a Luján - planificación en las congregaciones - vuelven las vocaciones - nuevo interés por la espiritualidad	- la formación de las vocaciones. - psico-espiritualidad - discernimiento (hermenéutica y TEsp) - debilidad de los vínculos - autoestima, introversión - búsquedas religiosas
Íconos	- los mártires - comunidades en barrios y pueblitos	- Juan Pablo II - la madre Teresa - Pironio - Roger Schutz, Taizé - nuevos movimientos laicales y sus ramas (desde antes) ¹⁸	- pocos - curas y monjas que permanecen con los pobres - grupos misioneros que permanecen y se renuevan
instrumentos	muy diversos: desde la Biblia al fusil, pasando por las reuniones	- la computadora - los medios audiovisuales	- Internet - redes sociales - comunicación global
pastoral de jóvenes	- grupos misioneros - compromiso socio-político extremo	- grupos de oración - grupos misioneros - canciones y guitarras en la liturgia - compromisos puntuales - solidaridad	- pastoral urbana - los que “no están” - voluntariados - profesionalización de la solidaridad
sentimientos	euforia y rebeldía	- serenidad, confianza - búsquedas	- desaliento - realismo

- *En la primera etapa* se vive un período que pasa fácilmente de la euforia a la rebeldía. Todo se puede. Período “insólito”, en cierto modo, en el que la Santa Sede promueve que las congregaciones religiosas hagan *experiencias* en cuanto a la formación, la vida común, la actividad pastoral. Este alboroto renovador

18. Crecimiento de enorme diversidad de vida consagrada: en cuanto al número, a la solidez, al lugar canónico y a la formación de nuevos grupos.

fue considerado por la SS como necesario para que los religiosos encontraran experiencialmente el camino y las formas de la renovación. Por un lado, por esa promoción de las “experiencias” y, por otro, mandando que se hicieran Capítulos extraordinarios para actualizar la legislación fundante de los Institutos; son años de entusiasmo, iniciativas y desorientación, con algún condimento de omnipotencia, un optimismo bastante ingenuo. El clima eclesial encaja perfectamente con el clima social y esta caja de resonancia que somos –de ambos– baila al compás.¹⁹

Como hechos colindantes podemos marcar el desprestigio de la oración –en la adoración eucarística, una mezcla de menosprecio y no actualización, además del activismo. Los jóvenes no rezan: no tienen sensibilidad para la oración, que es vista como inútil. Y en muchos ambientillos de consagrados “rezamos haciendo”, o bien, “hacemos rezando”. Demás está decir, que en este período no hay casi vocaciones a la vida consagrada y abundantes abandonos.

- *El segundo período*: por cansancio, reconocimiento de la impotencia humana, caída de las utopías, convencimiento y reencuentro con “la maravilla de la gracia, del don”, se frena el alboroto de la vida y se empieza a profundizarla. Fue algo notable, indefinible, pero bien perceptible. Casi de golpe, los jóvenes otra vez desean la oración, tienen inquietudes más profundas. Y al compás de este fenómeno, renacen las vocaciones a la Vida Consagrada. Parece demasiado simple, pero fue así. Hacia el año 80 se reabren unos cuantos noviciados. Y los/as profesos/as, vuelven a las fuentes. Se redescubren los carismas fundacionales; se celebran y se estudian las gestas y las personas de los fundadores.
- Identificamos un *tercer período* hacia 1996, sabiendo que estos números no son exactos, pero también que las épocas van cambiando. También la Vida Consagrada entra en la posmodernidad. Todo se vuelve más variable y más difuso. Las vocaciones

19. Repito que esto se da en el marco de fuertes movimientos socio-políticos: es la época de los hippies, del mayo francés, de la extensión de la droga y del nacimiento de los movimientos guerrilleros sobre todo –aunque no únicamente– en Latinoamérica.

se reducen, pero siguen planteándose: menos pero más convencidas, más probadas, mayores en edad. Aparecen –ya desde antes– nuevos institutos y nuevas formas de vida consagrada. Como si el Espíritu Santo y los deseos profundos de los y las jóvenes dijeran al unísono: “no pueden callarnos”.

Se da una primacía de la psicología y la afectividad, se busca integrar la sexualidad. La mirada es hacia adentro.

En esta vuelta hacia adentro de consagrados/as, formandos/as, tan posmoderna, quiero destacar dos elementos: un tema: la *autoestima* y la psicoespiritualidad: con los bienes y los riesgos de hacernos autorreferentes.

Lo otro es un hecho: la precariedad de los vínculos, que se da en muchos órdenes de la vida, pero que incide de manera fundamental en esta figura eclesial que pretende asumir compromisos perpetuos: porque el sentido de la vida religiosa es dar testimonio de la “indisolubilidad” del vínculo –amante y amado– entre Dios que llama, la persona que responde y la comunidad que recibe este diálogo existencial. Mostrar: es decir desapropiarse de la vida para que otros prueben y vean. Por eso cada defeción es una deuda social.

2. *Situación y desafíos hoy.* La vida consagrada hoy es muy variopinta. Quizás lo más notable es que permanece. Y sigue brotando, en medio de problemas, desconciertos... muchos jóvenes siguen sintiendo el llamado a ir “más directamente” hacia lo que no pasa, El que no pasa, sirviendo a otros. Esto muchas veces me resulta, por gracia, sorprendente. Hay nuevos Institutos, con una diversidad de formas y vínculos. Presento tres desafíos que tenemos hoy:

- *Sostener el testimonio, en la Iglesia y más aún en el mundo, de este lenguaje de Dios que es la Vida Religiosa.* Un lenguaje público y comunitario. Muchas veces es incómodo y cansador ser “persona pública”: esta pretensión representativa que tiene la vida religiosa es hoy un gran desafío y una gran pregunta. No busca ser lenguaje de Dios a secas, sino lenguaje que exprese al Dios cercano, compasivo, reconciliador, garantía de la dignidad de cada ser humano.

- *Asumir la propia vida como paradoja*, personal y comunitaria, en un equilibrio inestable entre: seriedad y sonrisa, ser de Dios y serlo para los demás, centrados y abiertos, identificados y cercanos, libres y comprometidos y, sobre todo, normales y diferentes. No negociar ninguna parte de la alternativa, vivirla como tal, aunque esto tiene un costado dramático, como la vida de Jesús: la cruz que une a costa de un cuádruple tironeo: arriba/abajo, izquierda/derecha.
- *Apostar a una vida de calidad, una vida de “más”, intensa*. Se nos ha ido metiendo demasiado la “liquidez” de la sociedad contemporánea. La Vida Religiosa es un llamado a vivir y mostrar lo más radical del evangelio: la preferencia por los más pequeños, el perdón, la comunión, la primacía de Dios, la primacía de la gracia, el valor innegociable de cada ser humano, la posibilidad del amor, de la esperanza y también de la alegría, en cualquier circunstancia; la permanencia en los vínculos en los que libremente te has jugado la vida; en síntesis: *lo que no pasa* que es sobre todo Dios y el amor. El elegir saltarse las mediaciones lícitas y buenas que nos ha dado Dios –el amor esponsal, el manejo individual de los bienes, la libre disposición de la vida– lo hacemos para mostrar hacia dónde vamos todos; para mostrar que Dios se ha enamorado de nosotros y él es el único que puede llenar el corazón hasta el fondo. Hay una pretensión de totalidad, que queda no solo desvirtuada, sino también desprestigiada cuando se la negocia.
- Por último, creo que la Iglesia y la Vida Religiosa en ella, tienen hoy una doble deuda: de parte de la VR, apostar de manera transparente y honesta por la comunión, el diálogo y la reconciliación. De parte del resto de los miembros de la Iglesia –en especial de los ministros ordenados–, un re-conocimiento, una re-valoración, una ubicación de esta forma de vida, que hoy está por muchos motivos, devaluada, como dejada afuera.²⁰

La gente, la gente común, sin embargo, sigue acercándose a nosotros/as con expectativas que nos sobrepasan, con una confianza que

20. Es notable ver cómo, algunos y a veces, pareciera que dudan cómo tratarnos: entre la

conmueve, con una conciencia firme de que somos mujeres de Dios, hombres de Dios, que nos re-ubica en lo que somos y en nuestros deseos más profundos.

El mayor deseo es volver a vivir el Vaticano II juntos todos en la Iglesia, en comunión, con la madurez que nos puede dar el hacer memoria actualizadora del *nuevo Pentecostés* que fue el Concilio.

MARÍA JOSEFINA LLACH

III

“Nos falta amar más a nuestro tiempo”. Desafíos de la recepción conciliar desde el episcopado

1. *Testimonio personal*

Nací en el barrio de Barracas, Ciudad de Buenos Aires, en 1955. Los 50 años del comienzo de las sesiones del Concilio Vaticano II tienen para mi generación una significación muy importante y vital. Si bien no fui consciente de su celebración en los años 62-65, sin embargo supe de su importancia al comenzar la adolescencia. Las enseñanzas del Concilio me acompañaron en mi vida en la fe: en mi vocación laical y sacerdotal.

Este aniversario es oportunidad para renovar la adhesión de todos en la Iglesia a sus enseñanzas. Pero también ocasión de reflexión acerca del camino recorrido, avances y claudicaciones, de renovarnos en el compromiso de seguir profundizando el camino iniciado.

1. *Cómo impacta en mi vocación.* El clima eclesial que se vivía como fruto del Concilio influyó de modo importante en mi opción vocacional. Ingresé al seminario en 1975. *Lumen Gentium* y *Gaudium*

rigidez, el “hermanita” que nos pone nerviosas, la expectativa por una mano de obra barata... Somos parte de esta situación; ojalá que siga cambiando.

et spes fueron claves en mi vocación laical. Mejor dicho, en mi vocación cristiana. En mi adolescencia y juventud, con el grupo de Acción Católica leíamos y estudiábamos los documentos del Concilio y otros del Magisterio Universal y Local. Entré en la participación activa en la Parroquia a los 14 años, de la mano de los Documentos Finales de Medellín y del Documento de San Miguel. Durante los primeros dos años del Seminario, mi director espiritual me hacía meditar un número por día de LG, GS, DV, SC, PO... y otro día las citas bíblicas que ese párrafo contenía.

Iglesia Sacramento, Pueblo de Dios, la Diócesis, Vocación Universal a la santidad, igual dignidad de todos los bautizados, signos de los tiempos, diálogo, legítima autonomía, antropología cristiana, son expresiones que calaron hondo en mi vocación y misión. No puedo entender o explicar mi fe sin hacer uso de esos conceptos claves.

2. *Vigencia*. Aun reconociendo lentitudes y olvidos en la aplicación del Concilio, es inobjetable su vigencia en la conciencia de ser Iglesia-Pueblo de Dios, promoviendo la participación de todas las vocaciones, la preocupación por la misión *ad gentes*. La búsqueda de crecer en comunión y misión, el promover y afianzar los organismos de comunión y participación. La formación. La búsqueda de celebraciones litúrgicas con participación festiva y fructuosa. La conciencia de la centralidad de la Eucaristía...

También debemos mencionar las Asambleas Diocesanas o estílos sinodales transitados en varias Iglesias Particulares; el diaconado permanente.

Son importantes, particularmente en la Argentina, los pasos dados en el ecumenismo y el diálogo interreligioso.

No podemos desconocer que la primera encíclica de Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, se escribió durante el Concilio y, de algún modo, es su fruto. Nos enseña con belleza acerca del diálogo salvífico de Dios con la humanidad, la Iglesia y el diálogo con el mundo.

El Concilio también promovió un cambio de mentalidad en las relaciones Iglesia-Estado, Iglesia-sociedad; una más clara vinculación con el rol profético y una sana distancia de la búsqueda del amparo del poder. Fue valioso el lugar que se dio al diálogo con las ciencias.

3. *Algunos hitos*. Me parece que hubo en nuestro país una lúcida

vinculación entre el Concilio Vaticano II, Medellín, el Documento de San Miguel y la creación de la Comisión Episcopal para la Pastoral (COEPAL) que mostró un ímpetu inicial de revisión de la vida de la Iglesia. Este movimiento creciente pareciera haber tenido un amesetamiento durante la década del 70, en coincidencia con la dictadura militar en la Argentina y en varios países de América Latina. A esos documentos y acontecimientos mencionados recién, hay que sumar *Evangelii nuntiandi* y su correlato en Puebla.

Otro hito importante es el comienzo del movimiento del Tercer Mundo. Al poco tiempo de terminar el Concilio, 18 obispos de América Latina, Asia y África dan a conocer el “Manifiesto de Obispos del Tercer Mundo”. Esa coincidencia fue el fruto de haberse conocido en ocasión del Concilio y compartir preocupaciones comunes acerca de los pobres. En la Argentina, el Movimiento de Sacerdotes del Tercer mundo, que tendrá una duración de pocos años –unos cuatro–, produjo un gran impacto en las motivaciones de cercanía con el pueblo. Este movimiento tiene al menos dos consecuencias: una valoración de la piedad popular y la opción por los pobres. Sacerdotes en las villas: un gran don del Espíritu. Promediando la década del 60 sucedió que barrios muy pobres de la ciudad de Buenos Aires y alrededores fueron creciendo en cantidad de habitantes, configurando las llamadas Villas de emergencia. Algunos sacerdotes fueron enviados allí y otros se sumaron por afinidad con la tarea pastoral. Supieron acompañar el perfil sociocultural propio de cada comunidad y darle su impronta católica. Los vecinos siempre valoraron mucho esta presencia sacerdotal.

Podemos mencionar también, como frutos de este tiempo, el inicio de las peregrinaciones juveniles a Luján, la renovación de la Catequesis, la adecuación de los seminarios a las orientaciones del Concilio.

2. *Lectura interpretativa*

Uno de los elementos importantes del Concilio y su recepción es el referido a la Colegialidad en el ejercicio del ministerio episcopal. En parte favorecido por una mayor facilidad para trasladarse y comunicarse, y también por una mayor conciencia de estar ante desafíos comunes.

Con ocasión de conmemorar estos 50 años del inicio de las sesiones, se han proyectado varios documentales con imágenes de esos días. Participar a través de las pantallas de las instancias de las largas procesiones de entrada de obispos de todo el mundo es conmovedor. Se veían las caras y se escuchaban las voces en diversas lenguas que nos remontaban a disímiles culturas. Por primera vez, la Iglesia de San Pedro recibió tanta cantidad y diversidad de obispos. El Concilio mostró la dimensión universal de la Iglesia y su misión en el mundo, como así también del alcance global de los desafíos. Al analizar localmente su incidencia, el clima de colegialidad experimentado durante las sesiones conciliares en Roma favoreció la búsqueda de caminos de discernimiento comunitario, también en el espacio de la Conferencia Episcopal de cada país. Así mismo, el Consejo Episcopal Latinoamericano recibió un impulso del Espíritu a la tarea colectiva de la Iglesia en el Continente.

También la visita *ad limina* –cada cinco o seis años– y la posibilidad de ver al Papa nos renovó en esta relación entre pares. Previamente cada Diócesis debe elaborar un largo informe de acuerdo con un esquema enviado por el Vaticano. Durante dos semanas nos instalamos en Roma y acudimos juntos –habitualmente en dos o tres grupos– a reuniones en los diversos organismos y comisiones. Compartir la mesa, las celebraciones, los traslados nos ayuda a estrechar vínculos fraternos.

La realización periódica de los Sínodos convocados por el Papa, las Asambleas Generales de Episcopado de América Latina y el Caribe, son canales habituales de expresión y fortalecimiento de la Colegialidad.

Pasamos de ser transmisores de una verdad abstracta, estática e inalterable, a mirar el corazón de la humanidad y la cultura para acercarle la belleza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es a partir de las orientaciones del Concilio que se da cauce a varios movimientos que buscan la renovación de la Liturgia y las expresiones estéticas locales. Por ejemplo podemos mencionar la Misa Criolla, el Evangelio Criollo, los cantos para chicos en la catequesis, la Cantata Mariana, la Biblia de Vox Dei, entre otras.

Me comentaba un sacerdote mayor que los obispos en tiempos previos al Concilio solían tener una sólida formación canónica y gradualmente comenzaron a incorporar mayor desarrollo de otras disciplinas –liturgia, catequesis, pastoral–. La figura de Juez-Gobernante dio paso a la

de Padre-Pastor. De comunicar los cambios de destino pastoral por teléfono o telegrama –algunos usaban la fórmula: “Te saludo, te comunico, te bendigo”–, a dialogar con las comunidades y los sacerdotes.

La fe se vive en este tiempo concreto, en esta cultura. No es una abstracción atemporal. Es muy importante ponderar los signos de los tiempos. Una actitud que se nos reclama a los obispos es la cercanía con los sacerdotes, los laicos, las consagradas, las comunidades, las situaciones diversas de la gente y la sociedad. Nos quieren menos en un escritorio y más visitando las comunidades. Estábamos acostumbrados a que el obispo iba a una Comunidad –parroquia, colegio, capilla de hermanas...– solamente para las Fiestas Patronales Solemnes, las Confirmaciones, o aniversarios especiales. Éstas siguen siendo ocasiones importantes. Pero también se valora mucho “ir porque sí”, no sólo el “ir para”. Que el obispo pase a saludar, a tomar mate con el cura, a conversar con los docentes de una escuela, a alentar a los catequistas en una reunión común..., son gestos de cercanía. Esto es la consecuencia de mirar la diócesis en toda su extensión geográfica y antropológica, amén de su entidad jurídica. Cuando me hicieron obispo, un hermano en el episcopado bastante mayor me dijo: “el obispo tiene que estar poco en la Curia y mucho en la diócesis”.

1. *Logros y dificultades.* En cuanto a los logros percibo lo referido a la valoración de la piedad popular. También hemos transitado caminos originales en la Consulta al Pueblo de Dios (1998), consultas a las Iglesias Particulares y comunidades cristianas (2001). Las Prioridades Pastorales sobre la familia –década del 70– y sobre los jóvenes –década del 80– promovieron criterios pastorales comunes, como así también el camino de preparación al gran Jubileo del 2000.

Como dificultades percibo quedarnos “a mitad de camino” en algunas propuestas. En los primeros años siguientes al Concilio se generaron unos cuantos equipos de reflexión y experiencias en diversos ámbitos: la Teología, la Piedad Popular, la Doctrina Social de la Iglesia, la Liturgia, la Catequesis. Y estos grupos elaboraban material que entusiasmaba e incidían en la praxis pastoral. Hoy percibo que vivimos una cierta desarticulación y fragmentación en relación con aquellas propuestas.

La inicial reforma litúrgica no siguió avanzando y para muchos

fieles no alcanza para vivir la fe de manera madura y fructuosa. Existe la tentación de dejar en letra muerta la enseñanza conciliar aplicando un maquillaje superficial que se quede en las formas exteriores sin ir al fondo de las cuestiones.

Ha habido un importante crecimiento en la comunión, el diálogo, la comprensión y valoración mutua de las diversas vocaciones. No obstante, no en todas las diócesis hay canales de participación adecuados a todas las vocaciones. Persisten actitudes paternalistas, clericales y autoritarias; a veces con falta de respeto a las historias y tiempos propios de cada comunidad.

2. *Tareas pendientes.* Una de las actitudes necesarias a lograr en este tiempo es de mayor cercanía y empatía con los cambios culturales. Reconocer los signos de los tiempos sin rechazar en bloque todo lo que es posmoderno. A veces tenemos un tono quejoso del presente y de nostalgia del pasado. Nos falta amar más a nuestro tiempo. Por momentos me parece que algunos se piensan en el siglo equivocado. Parecieran anhelar la situación sociocultural, la estructura familiar y la vida eclesial previa al Concilio. Como si el punto más alto al que llegó la Iglesia en la Argentina fuera el Congreso Eucarístico Internacional de 1934 en Buenos Aires. Y después un tobogán en descenso. Dios no ama hoy menos a su Iglesia que en la mañana de Pentecostés o en los Concilios Limeños, no ama menos a este tiempo que cuando predicaba San Francisco de Asís o la Madre. Amar más a nuestro tiempo se logra asombrándonos por la presencia de Dios también hoy entre nosotros y estando profundamente agradecidos al Señor por habernos llamado de la nada a la existencia aquí y ahora.

Debemos profundizar y fortalecer la opción por los pobres, débiles y sufrientes. En lenguaje de Aparecida es salir de nuestra conciencia aislada. La predicación de Jesús era buena noticia para los pobres (Lc 4,18; Mt 11,5), ¿Y la nuestra? ¿A quiénes hacemos felices? ¿A quiénes hacemos cercano el Reino de Dios?

También se reclama repensar las formas de nombramiento y distribución de agentes pastorales: catequistas, consagradas, consagrados, misioneros, sacerdotes, obispos.

A mi humilde entender, no estamos dando una respuesta pastoral adecuada a las diversas situaciones matrimoniales y familiares –separa-

dos en nueva unión, uniones de hecho—. No podemos quedarnos conformes o expresando una simple preocupación. Debemos trabajar más en la búsqueda de otros caminos de respuesta y acompañamiento a las familias. También es necesario repensar el rol del varón y la mujer en la Iglesia. Algunas de nuestras estructuras mentales y pastorales son inadecuadas en este tiempo.

Cómo presentar a Cristo al varón y la mujer de hoy, debería ser nuestra central ocupación y la causa de nuestra alegría.

MONS. JORGE EDUARDO LOZANO

IV

**“Pasar de un reconocimiento anónimo a otro
con *nombres propios* es un signo de madurez comunitaria”.**

Memoria de testigos laicos y laicas contemporáneos

“Daban de él un buen testimonio”

(Hch 16,2b)

Con el objeto de contribuir a la reflexión sobre la recepción del Concilio Vaticano II en el Pueblo de Dios ofrezco aquí una memoria agradecida por los frutos de santidad comunitaria y misionera de la Iglesia argentina, que ha crecido gracias a la vida y servicio de consagradas, consagrados, ordenados y “a la misión cotidiana de cada madre y padre de familia, a la tarea incesante de los catequistas, maestros, misioneros de manzana, voluntarios de Caritas y otras muchas formas de entrega [como] el laborioso empeño de los laicos por realizar bien su trabajo” (NMA 18).

Es verdad que queda mucho por hacer, desafíos a los que responder, transformaciones que realizar y caminos nuevos por recorrer. Transitamos una conversión pastoral. Pero son estos mismos desafíos los que me impulsan a fijar la mirada en aquellos que nos precedieron

y han sido significativos en la historia reciente de la comunidad cristiana local, gracias a su fidelidad al Espíritu. Nació el año posterior a que se concluyera el Concilio Vaticano II. Hacer memoria de ese acontecimiento significa, para mí, tanto tomar contacto con los documentos conciliares que han constituido una verdadera brújula para la identidad y misión laical como recordar múltiples rostros que me han permitido “redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada” (PF 9) de modo laical. La tarea requiere sortear la distancia representativa que comporta un estudio sobre la vida laical local: mientras que los miembros de la vida episcopal en Argentina se cuentan de a cientos y los miembros de la vida ordenada y religiosa de a miles, los de la vida laical habría que expresarlos en millones si tomamos en cuenta el criterio más amplio, esto es, el número de bautizados en Argentina.²¹ Una cifra que seguiría siendo considerablemente mayor que el porcentaje de las otras modalidades de vida cristiana aunque sólo consideráramos el pequeño porcentaje de participación activa en las eucaristías dominicales, en las actividades parroquiales, en escuelas católicas, en movimientos laicales, entre otros ámbitos de compromiso.²² Por ello, esta reflexión presentará solamente algunos casos²³ de laicos que han sido estudiados en profundidad, sacando a la luz la relevancia que poseen en las tramas sociales y eclesiales en las cuales participaron. El mismo Espíritu de Dios se muestra en el testimonio y en la vida concreta de quienes le responden y son sus intérpretes,²⁴ aspecto que puede ser considerado una de las claves de la eclesiología conciliar según C. Floristán:

“«Hojeando los documentos del Vaticano II –afirma M. Grossi-, se puede captar, en efecto, la perspectiva del testimonio como uno de los motivos dominantes en la reflexión de la Iglesia contemporánea». Baste decir que en los textos

21. Cf. *Guía Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires, AICA, 2009.

22. Cf. F. MALLIMACI (dir.) *Primera Encuesta sobre Creencias y Actitudes Religiosas en Argentina*, CEIL-PIETTE CONICET, [en línea] <http://www.mov-condor.com.ar/documentos/encuesta-religiosa.pdf> [Consulta: 01.09.13].

23. Cf. E. ANDER-EGG, *Métodos y técnicas de investigación social. Técnicas para la recogida de datos e información. Vol. IV*, Buenos Aires 2003, 313; C. BACHER MARTÍNEZ, “«Zarzas que arden». Aportes del estudio teológico-pastoral de casos a una teología de los signos de los tiempos”, en: V. R. AZCUY, C. SCHICKENDANTZ, E. SILVA (eds.), *Teología de los signos de los tiempos latinoamericanos. Horizontes, criterios y métodos*, Santiago de Chile, Ediciones Alberto Hurtado, 2013, 389-415.

24. Cf. V. R. AZCUY, “El Espíritu y los signos de *estos* tiempos. Legado, vigencia y porvenir de un discernimiento teológico”, *Concilium* 342 (2011) 601-612, 602.

conciliares aparece el sustantivo «testimonio» 88 veces, 27 la palabra «testigo» y 7 el verbo «atestiguar».²⁵

1. Algunos rostros laicales de la renovación conciliar en Buenos Aires

A continuación describo algunas experiencias laicales que ayudarán a pensar la vigencia y los desafíos de este modo de vida cristiana. Son prácticas que permanecen generalmente escondidas como un tesoro en la vida eclesial (cf. DA 258) y que, para ser más precisa, se perciben en el murmullo institucional de las comunidades cristianas. Considero que las experiencias presentadas en esta oportunidad se alejan de dos tentaciones de la vida laical: separar la vida cotidiana de la fe y ejercer la vocación laical solamente en los servicios internos a la comunidad eclesial (cf. ChL 2h).

1. Rostros de Catequistas. Laicas y laicos se hacen presentes en mi memoria con el testimonio de los catequistas que acompañan generalmente durante la niñez y la adolescencia los itinerarios de crecimiento en la fe, como así también en otras etapas de la vida. Doy gracias a Dios por aquellas laicas que me acompañaron y por aquellas otras con las cuales compartí la vocación catequística, tanto en ámbitos parroquiales como escolares.

Quiero destacar, entre otros, la figura de dos catequistas parroquiales y escolares recientemente fallecidos: Norma Ferrigno y Eduardo Espinosa.²⁶ Ellos han sido un matrimonio, con tres hijos, miembros activos de la Parroquia Resurrección del Señor del barrio de Chacarita en la ciudad de Buenos Aires. Baste como pinceladas de su vida mencionar que, siendo ella bioquímica y él miembro del Servicio Penitenciario Federal y luego comerciante, de jóvenes participaron de la Acción Católica y como matrimonio en el Movimiento Familiar Cristiano. Y que se formaron y ofrecieron sus servicios en la catequesis de niños y de adultos. Norma, además, se desempeñó como catequista escolar y como animadora en el Seminario Catequístico Santa Magda-

25. C. FLORISTÁN, *Teología práctica*, Salamanca, Sígueme, 2002, 417.

26. N. Ferrigno falleció el 27 de septiembre del año 2010 y E. Espinosa el 4 de octubre del año 2011. La entrevista se cita con la sigla NEE y el número de párrafo.

lena Sofía Barat y participaba en los encuentros de catequesis locales, regionales y nacionales (cf. NEE 100). A partir de su experiencia y trayectoria nos compartía que:

“La clave fue la gran renovación de la catequesis, del Concilio Vaticano II, ahí (...) salió Medellín, Puebla (...). Los que empezaron la renovación, no fueron muchos, fueron muy poquitos, laicos, algunos puntos muy concretos (...) Acá en Buenos Aires tuvieron mucho eco determinados sacerdotes, el resto nada que ver; y aún ahora hay muchos que ni lo empezaron todavía, para nada, sigue como antes, no se enteraron que el Concilio Vaticano II estuvo.” (NEE 21)

En Argentina se realizaron tres Congresos Catequísticos Nacionales. El primero, en 1962, el segundo en 1987²⁷ y el tercero durante el año 2012. En referencia al I Congreso dice Frans de Vos:

“El Congreso Catequístico Nacional se realizó a la luz del Concilio Vaticano II (...) cuyas principales líneas e inspiraciones estaban latentes en los estudios de los teólogos, en las inquietudes de los Pastores, en la vivencia del Pueblo de Dios. El espíritu del Concilio se había manifestado ya en la renovación catequística que se estaba realizando en los años anteriores, también en nuestro país.”²⁸

Sin poder ahondar en esta oportunidad, en estas dos vidas tan ricas,²⁹ voy a ilustrarlas con algunas prácticas realizadas por ellos. En el marco de la catequesis de niños y como gozne de articulación con la catequesis de padres y adultos que luego asumieron, se destacó el *Concurso de pesebres*: una propuesta que invitaba a cada familia de la catequesis de Primera Comunión a preparar el pesebre de manera especial. El matrimonio Espinosa junto a sus hijos visitaba a la familia durante el tiempo de Adviento y luego se destacaban las mejores propuestas. De esta manera, Norma y Eduardo asumían una *misión de familia a familia* (cf. AA 11) que daba lugar al diálogo entre los padres y facilitaba la propuesta de la catequesis de adultos. Dicho catecumenado de

27. Recogiendo los aportes del segundo congreso sale el documento nacional *Juntos para una evangelización permanente* que plantea como aporte a la evangelización el *itinerario catequístico permanente*, en el que se destaca el catecumenado de adultos en el marco de la comunidad eclesial (JEP 50).

28. F. DE VOS, *La renovación catequística en Argentina*, Buenos Aires, San Benito, 2008, 61-62.

29. Profundizo en su aporte en: C. BACHER MARTÍNEZ, “Parroquianos y Buenos Vecinos: El matrimonio Espinosa”, *Nuevo Mundo* 12 (2010) 211-231.

adultos al comienzo se desarrolló en las instalaciones parroquiales. Pero, poco a poco, y dada la sugerencia de uno de los catecúmenos, las reuniones pasaron a realizarse en las casas de las familias. De esta manera, comenzaron a organizarse pequeñas “comunidades en los edificios” que les permitieron a muchos vecinos acercarse al mensaje de Jesús, recibir los sacramentos de iniciación, articularse e insertarse en la comunidad parroquial (cf. NEE 73).³⁰ Los encuentros eran realizados con la metodología del “ver, juzgar, actuar” (cf. NEE 156) a partir de una conciencia clara de que dicha práctica asumía el estilo evangelizador de Jesús y de la *Gaudium et spes* (cf. DA 19).

Teniendo como punto de partida esa experiencia, organizaron durante la misión local de 1997 la “1º Campaña de la Cordialidad en el Comercio Barrial” concientizando a los comerciantes del barrio sobre el valor de la comunidad, proponiendo una votación y premiando con un diploma al *buen comerciante*.³¹ La actividad concluyó con una celebración interreligiosa en el templo parroquial con la presencia del párroco, un rabino y un imán. Podemos afirmar que los vecinos del barrio han escuchado el Evangelio de estos laicos y muchos han conocido a Cristo por estos *vecinos seculares* (cf. AS 13) quienes concretaron el mutuo reconocimiento y aprecio con sus vecinos de tradición religiosa judía (cf. NA 4e) y han procurado la justicia social unidos conjuntamente con los vecinos de tradición musulmana (cf. NA 3b). Mientras conversábamos con Norma, poco tiempo antes de su muerte, ella refería su experiencia de lectura orante de la Biblia (cf. NEE 75):

“Cuando leo el Evangelio (...) lo leo con la vista porque me hace meter más en lo que Él está haciendo (...) aprendí en este último tiempo a leer el Evangelio, antes no sabía, porque leía la letra y no bebía del corazón de Él [de Jesús].” (NEE 159; cf. DV 25)

Por su parte, Eduardo, subrayaba el lugar que ocupaba el relato de Emaús en el itinerario catequístico y en su propia vida: “Entonces uno va mirando todo eso, es como la vida actual” (NEE 161). El matri-

30. Los números entre paréntesis refieren a la tesina: C. BACHER MARTÍNEZ, *Anexo de la tesis “Estrellas en la noche. Tres casos de solidaridad evangelizadora” (inédita)*.

31. Aún hoy puede observarse el certificado de participación en algunos comercios distinguidos por el proyecto.

monio es recordado con mucho cariño por los que compartieron la vida parroquial, quienes los reconocen como personas que han tenido un encuentro personal con Jesús (cf. NEE 195) y como padres cristianos (cf. 189), con inquietudes por anunciar la Palabra de Dios (cf. 216), con estilos diferentes entre sí (cf. 180) y como muy valiosos por poseer una “coherencia de vida, un criterio evangélico para leer la realidad, un testimonio cristiano” (192). Recuerdan que siempre buscaban a las personas, estableciendo vínculos de amistad con ellos e integrándolas a la comunidad parroquial (cf. NEE 201 y 182). Por último, es relevante mencionar que el periodista E. Sdrech publicó una nota en el diario Clarín sobre E. Espinosa que tituló: “Entre la minoridad y el catequismo”. En el texto, E. Espinosa se posiciona sobre la importancia de la familia para la prevención y reeducación en el mismo ámbito familiar de los jóvenes detenidos. Al ser cuestionado sobre su tarea concreta en el Servicio Penitenciario Federal, indica: “Entre otras cosas, visitar a los reclusos en la cárcel, llevándoles asistencia y muchas veces la Palabra de Dios” (cf. NEE 222). Los compañeros de Norma Ferrigno en el Seminario Catequístico afirman:

“Muchas personas han caminado junto a nosotros, algunos por pocos meses, otros durante todas estas más de cuatro décadas. Entre ellas queremos destacar a nuestra compañera Norma Ferrigno de Espinosa, fallecida en septiembre de 2010. Ella formó parte durante muchísimos años del equipo de animación de nuestro Seminario. Desde su capacidad reflexiva, pero sobre todo desde su fidelidad al seguimiento de Jesús, alentó siempre el crecimiento y la búsqueda de caminos que respondieran, desde la Palabra de Dios, a los signos de los tiempos y a las necesidades de los hombres y mujeres en cada momento histórico que le tocó vivir. Apasionada por Cristo, también fue una apasionada de la acción evangelizadora en su celo por construir el Reino de Dios en el hoy y el aquí. (...) Nuestra vivencia del paso del Concilio Vaticano II en nuestra vida personal y comunitaria, y la riqueza de haber compartido años de camino con catequistas como Norma, nos han hecho entender nuestro trabajo catequístico y nuestro acompañamiento de catequistas, desde la horizontalidad, donde no hay tareas mayores y menores, docentes y alumnos, sino una comunidad con distintos ministerios, vocaciones y misiones”.³²

Si bien el Concilio Vaticano II no dedica un documento a la cate-

32. EQUIPO DEL SEMINARIO CATEQUÍSTICO SANTA MAGDALENA SOFÍA BARAT, “El camino de Emaús, vivido en cada encuentro del Seminario” [on-line] www.isca.org.ar/senac/aportes/EL_CAMINO_DE_EMAUS.doc [Consulta 04.10.13].

quisis y sólo la menciona cuatro veces,³³ F. de Vos afirma que el Movimiento Catequístico ha sido por muchos años en Argentina el divulgador del Concilio Vaticano II, de tal manera que “ningún movimiento ha contribuido tanto a la divulgación y aplicación de las ideas conciliares como el catequístico”.³⁴

2. *Rostros de laicos comprometidos socialmente.* De manera sorprendente el Concilio Vaticano II se me manifestó también en aquellos laicos y laicas con quienes realizamos el voluntariado en hospitales y con la tercera edad. Con ellos rezábamos y reflexionábamos los documentos de la Iglesia, especialmente el Decreto *Apostolicam Actuositatem* y buscábamos el fundamento y los medios para servir a nuestros hermanos enfermos o ancianos. Esa experiencia se renovó en los trayectos formativos realizados con fundadores y voluntarios de organizaciones sociales, muchos de los cuales lo hacían motivados por su fe cristiana. Aprendí de ellos formas creativas de comprometerse con las diversas pobreza que aumentaban hacia el inicio de siglo XXI en nuestro país. Su presencia capilar en la sociedad estaba transida por la fe: buscaban ser cada vez más eficaces en el servicio de los hermanos, en quienes descubrían al mismo Cristo que salía a su encuentro (cf. LG 8c).

Entre tantos y tantas laicas que conozco voy a mencionar dos referentes destacados en los ámbitos eclesiales y sociales: el Dr. Justo Carbajales y el Dr. Juan Carr.³⁵ Ambos son adultos profesionales, uno médico cardiólogo y el otro veterinario; casados y con hijos, que en simultáneo han fundado y animado Redes Solidarias a partir de 1995.

J. Carbajales, actual director ejecutivo del DEPLAI,³⁶ luego de su participación activa en la Acción católica (cf. JusC, 28)³⁷ fundó con otros médicos, la Red de Profesionales de la Salud, un servicio de atención de alcance nacional –y con nodos latinoamericanos– para la atención de enfermos urgidos a quienes se le facilita la articulación entre médicos de

33. Cf. CD 14; GE 4; AG 14 y SC 64; F. DE VOS, *La renovación catequística en Argentina*, 62.

34. F. DE VOS, *La renovación catequística en Argentina*, 63.

35. Cf. C. BACHER MARTÍNEZ, “Celebrar la interdependencia. El bicentenario bajo la lupa de las Redes Solidarias”, *Anatellei* XII, 24 (2010) 63-84. Las entrevistas se citan como JusC y JC.

36. Sigla del Departamento de Laicos, organismo de la Comisión Episcopal de Laicos y Familia de la Conferencia Episcopal Argentina.

37. C. BACHER MARTÍNEZ, *Entrevista a J. Carbajales*, Buenos Aires, 27/05/10, *Inédita*.

distintas especialidades que donan tiempo profesional para la atención de pacientes, e inscribió la experiencia como instancia del mismo departamento de laicos de la Conferencia Episcopal Argentina. En palabras de Carbajales había que: “solidarizar la forma de ejercer la profesión” (JusC, 5), “solidarizar el conocimiento” (7) establecer un nuevo vínculo con el paciente que beneficie tanto a éste como a los médicos (cf. 6). Los médicos de la red favorecen la “interconsulta espiritual” (JusC, 5) que consiste en articular la visita al enfermo de un referente espiritual. Carbajales recuerda a “San Lucas (...) un hombre de mundo que te cuenta la historia de la salvación. Eso es fantástico, el cristiano en el corazón del mundo” (JusC, 55). Y menciona una dimensión de su vida espiritual: “uno humanamente tiende a desanimarse pero cuando le metes la ecuación de la fe y... no aflojas en eso, se transforma la realidad en una posibilidad” (JusC, 53). Considera que el laico debe generar una corriente cultural-social que defienda y promueva cuatro valores: vida, inclusión social, familia y Educación (cf. JusC, 64). En 1999 el Movimiento Familiar Cristiano entregó a la Red de Profesionales el premio *Testimonio de la unión nacional*. Medios periodísticos les han realizado varias notas y recabado algunos testimonios, como por ejemplo, la referencia de una usuaria que dice: “mi primer contacto con la red fue hace unos años cuando me encontraba anímica y psicológicamente mal (...) gracias a la contención de los médicos pude volver a comer y me recuperaré”.³⁸ Con este caso, ilustramos sucintamente un compromiso laical desde el modelo de *presencia*, esto es, desarrollado desde obras cristianas y dando testimonio público del fundamento cristiano.³⁹

J. Carr, participó en el movimiento scout. En 1995 fundó, junto su esposa y un grupo de amigos, la Red Solidaria, un servicio de articulación a través de la comunicación masiva entre necesidades múltiples y posibles ayudas.⁴⁰ Esta experiencia ha recibido numerosos reconocimientos a nivel nacional al mismo tiempo que, los más cercanos, reconocen a Carr como el padre de una “familia que quiere educar en

38. T. BASAVILBASO, F. SAGUIER, *Ayudar desde la Profesión*, [en línea].

http://www.lanacion.com.ar/nota.aspe?nota_id=1235116 [Consulta: 26.05.10].

39. C. FLORISTÁN, *Teología Práctica. Teoría y Praxis de la Acción Pastoral*, Salamanca, Sígueme, 1991, 702.

40. Cf. C. BACHER MARTÍNEZ, “La punta de un iceberg: Iglesia y Sociedad Civil en la persona de Juan Carr”, *Teología* 98 (2009) 129-155.

el amor y la entrega al que está al lado y al que menos tiene” (JC, 105), “muy comprometido en todos los órdenes” (JC, 107), y que “desea imitar a Jesús y vivir el Evangelio día a día” (JC, 102). Una beneficiaria de la red agrega: “Esto es todo lo que puedo decir, gracias, en nombre de toda nuestra familia y mío a Red Solidaria, y a Juan Carr, por haber creado este vínculo vital, entre quienes se extravían y sus familias” (JC, 140), haciendo referencia al servicio de búsquedas de personas perdidas que también ofrece la Red. Carr considera que la Iglesia Argentina tiene una enorme responsabilidad ya que “tiene de las diócesis más formadas en la fe del mundo” (JC, 81). Y que el servicio de evangelización que puede prestar desde la Red, una organización civil, es útil, también en la dimensión evangelizadora:

“Nosotros tenemos conversaciones sobre Nuestro Señor Jesucristo en lugares insólitos (...) del caos actual y surge Nuestro Señor Jesucristo en la conversación y ahí se manifiesta por que llegaste a un lugar que no hubieras llegado nunca, con otras herramientas evangélicas clásicas” (JC, 76).

De esta manera, se ubica como un cristiano de mediación, esto es, alguien que busca hacer presente el compromiso desde formas organizacionales no confesionales y da testimonio de manera interpersonal. Entre otros aspectos, en su espiritualidad se destaca la capacidad de descubrir a Dios presente en el sufriente y en el pueblo: “nosotros le proponemos a la comunidad, que descubra a su prójimo, entre paréntesis Nuestro Señor Jesucristo, y se comprometa con él, entre paréntesis Nuestro Señor Jesucristo” (JC, 28). Y, al comentar que fue a visitar a una familia que padecía el secuestro de un familiar y encontrar a un grupo de mujeres reunidas en torno a la imagen de la Virgen María dice: “me encuentro a rezar diez *Ave Marías* (...) es muy frecuente que la Presencia de Dios (...) no sólo la Eucaristía, el Dios Vivo, el Dios Pueblo, se nos aparezca todo el tiempo” (JC, 79).

Ambos casos ilustran el compromiso laical de aquellas “mujeres y varones que le han puesto el cuerpo a la crisis, suscitando una creatividad asombrosa que se multiplica en cientos de iniciativas”.⁴¹ En

41. M. GONZÁLEZ, “Hacia una lectura teológica de la situación argentina”, en: SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA (ed.), *Religión, Justicia y Paz. La Argentina y el mundo*, Buenos Aires, San Benito, 2003, 169-188. 170-171.

estas experiencias al compromiso de caridad se le suma el testimonio de fe, aunque este se realice con modalidades diversas y, desde este punto de vista, alcanza una cierta madurez, al decir de L. Gera:

“El compromiso temporal cristiano alcanza un mayor grado de madurez, no cuando permanece anónimo para quien lo asume y pone en práctica, sino, por el contrario, cuando éste puede reconocer cual es el contenido de fe –es decir, de verdad específicamente cristiana– implicado en la caridad que anima su compromiso, y explicitar así aquello, de lo que su vida da testimonio, expresando ‘la razón de su esperanza’ (cf. EN 22)”.⁴²

2 Aportes de la memoria compartida

Los frutos personales de la recepción del Concilio en la búsqueda de transformación eclesial y social de mis compañeros y compañeras de camino han sido una verdadera gracia para mí (cf. PF 5) que me ha permitido ir descubriendo la voz del Señor y discerniendo su llamado para concretar mi propio itinerario. Los laicos presentados han sabido concretar formas singulares en el ejercicio del sacerdocio común de los fieles, acentuando unos la dimensión profética y otros la dimensión real, pero todos asumiendo un ejercicio concreto de su dimensión sacerdotal (cf. LG 34). Los casos reflexionados se destacan por asumir una misión con base en lo cotidiano, la “forma peculiar de apostolado individual (...) signo muy en consonancia con nuestros tiempos” (cf. AA 16d). Más allá de las ambigüedades, es posible reconocer en estas prácticas la articulación en un solo movimiento de la construcción de la sociedad y de la comunidad eclesial (cf. DA 215).

Tomar contacto con las experiencias laicales concretas comienza a darle nombre propio a esos compromisos anónimos a los cuales se refieren los obispos latinoamericanos cuando los reconocen y agradecen (cf. DA 26). Considero que, así como es un rasgo de madurez el hecho de reconocer y testimoniar el fundamento cristiano de los com-

42. L. GERA, “Evangelización y Promoción Humana”, en: V. R. AZCÚY; J. C. CAAMAÑO; C. M. GALLI (eds.), *Escritos Teológico-Pastorales de Lucio Gera. 2. De la Conferencia de Puebla a nuestros días (1982-2007)*, Buenos Aires, Agape, 2007, 297-364, 348.

promisos sociales por parte de los que los realizan,⁴³ también lo es para la comunidad cristiana el pasar de un reconocimiento implícito a uno explícito, de uno anónimo a uno con nombres propios: un pueblo de Dios cuyos integrantes se valoren y den del otro buen testimonio, a semejanza de cómo fue en las primeras comunidades cristianas. Testimonio que convoca a “la respuesta en eco del que recibe el testimonio y lo acepta”,⁴⁴ aunque “hay testigos que no encuentran nunca la audiencia capaz de escucharlos y oírlos”.⁴⁵

Esto permitirá, por una parte imaginar formas de asumir hoy las propuestas del Concilio Vaticano II en esta modalidad de vida cristiana llamada a la santidad en nuestra iglesia local; por la otra, visibilizar los senderos trazados a fin de que las nuevas generaciones aprendan de dichas experiencias, se queden con lo bueno (cf. AA 3) y tomen la posta de la renovación conciliar en estos nuevos tiempos y lugares. Las generaciones intermedias tenemos el desafío de favorecer estos procesos. Hoy, laicas y laicos como *testigos del Testigo*⁴⁶ seguimos escuchando la voz de Jesucristo en la voz conciliar:

“El mismo Señor invita de nuevo a todos los seglares por medio de este santo Concilio a que se le unan cada vez más estrechamente, y, sintiendo sus cosas como propias (cf. Flp 2,5), se asocien a su misión salvadora. De nuevo los envía a toda ciudad y lugar a donde Él ha de ir (cf. Lc 10,1), para que con las diversas formas y modos del único apostolado de la Iglesia, ellos se ofrezcan como cooperadores aptos siempre para las nuevas necesidades de los tiempos” (AA 33)

CAROLINA BACHER MARTÍNEZ

43. Cf. L. GERA, “Evangelización y Promoción Humana”, 348.

44. Cf. P. RICOEUR, *La memoria, la historia y el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, 214.

45. Cf. P. RICOEUR, *La memoria, la historia y el olvido*, 214.

46. C. FLORISTÁN, *Teología Práctica*, 426.

V

“¿Cómo conjuga el presbítero el «poder sacramental»
con el espíritu dialogal de la evangelización?”

Buscando senderos, haciendo camino al andar...

1. *El camino andado*

Recuerdo un sentimiento que fui incubando desde mi infancia, deseaba convertirme en “maestro rural”, pero mi familia se ocupó de desalentar mi aspiración y terminé el secundario como Perito mercantil. De todos modos reconozco que la vocación docente –en la adolescencia y la juventud–, la inicié con la animación de algunos grupos juveniles en la parroquia Santísima Trinidad, en Rafael Calzada –especialmente desde 1969 hasta 1982–, y hoy la evalúo inspirada y sostenida desde la renovación del Concilio Vaticano II (1962-1965), el profesismo propositivo y arrollador de los documentos finales de Medellín (1968) y el ímpetu evangelizador del Documento de Puebla (1979). Si tuviera que describir mi acercamiento y aproximación a estos eventos eclesiales –que marcan mi vida cristiana–, diría que los vi, los escuché y los palpé (cf. 1 Jn 1,1-4), de un modo significativo en la esperanza y en la confianza comunicada por estos documentos y las praxis que ellos señalaron en los jóvenes y los pobres, para configurar una Iglesia comprometida –transformadora-liberadora– y servidora del mundo.

Como integrante de grupos juveniles de las décadas de fines del 60 y la del 70, recuerdo las reflexiones saboreadas a la luz de la lectura crítica de algunos de los documentos del Concilio –por ejemplo: *Lumen Gentium*, *Gaudium et spes*, *Apostolicam Actuositatem*, entre otros–, de los Documentos de Medellín (1968) –especialmente del capítulo dedicado los Jóvenes–, de las reflexiones, mensajes, declaraciones del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, de las encíclicas *Populorum progressio* (1967) y *Octogesima adveniens* (1971) de Pablo VI. Subrayo la impronta y las consecuencias teológicas y pastorales desencadenadas a partir del Documento de San Miguel de la Conferencia Episcopal Argentina (1969) y de las diversas prioridades sustentadoras de la pastoral en Argentina, por ejemplo: santuarios,

juventud, religiosidad popular, etc., además del lanzamiento de la Peregrinación Juvenil a Luján en 1974, que signaron nuestro caminar como Pueblo de Dios posconciliar. Además de las expectativas en torno al Sínodo sobre “El sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo” (1971), de la impronta evangelizadora de *Evangelii nuntiandi* (1975), de las opciones preferenciales por los jóvenes y los pobres, asumidas en Puebla (1979), jalones de un proceso eclesial y secular, que se vislumbraba a instaurar mediante la acción evangelizadora la anhelada justicia y el bienestar en el mundo.

En este contexto –sobre todo estando en el cuarto año del secundario, en 1971–, discerní mi futuro como religioso y sacerdote dejándome conducir por los nuevos vientos que la historia y el Espíritu de Dios hacían soplar en la Iglesia y en el mundo. El 1 de marzo de 1974, ingresaba como postulante a la vida religiosa misionera en la Congregación del Verbo Divino. Dentro de la Congregación se hablaba de una “época de cambios” en la vida ministerial y consagrada. De hecho me incorporaba a una Congregación en el momento que un número significativo de presbíteros y religiosos seguían dejando las órdenes y los votos en búsqueda de otras opciones para –en algunos casos–, continuar un compromiso con la liberación que se aproximaba en el horizonte eclesial y secular argentino y latinoamericano. Durante mis años de postulante (1974-1977), los superiores me encaminaron a cursar un Profesorado en Filosofía y Ciencias de la Educación en el Seminario Mayor San José de la Arquidiócesis de La Plata.⁴⁷ En las clases, que transcurrían durante las mañanas de lunes a sábado, tenía que usar sotana. Un signo “luminoso” de la “oscuridad” en la que me introduciría. Gracias al estudio de la pedagogía hice mis primeros contactos con el pensar pedagógico –y filosófico– de Pablo Freire. Mi veta docente, incorporaba nuevos aires. Además, valoro la oportunidad brindada por las materias denominadas “Teología”, que me abrieron

47. La mayoría de los docentes eran presbíteros, especialmente en el área de filosofía (entre otros: Gustavo E. Ponferrada, Guillermo Blanco, Mons. Octavio N. Derisi). En sus clases transmitieron (sin demasiado análisis crítico), la filosofía de Santo Tomás de Aquino, que de un modo unívoco y excluyente conformó y abarcó los cuatro años de estudios en dicho Seminario. Reconozco que la formación inicial filosófica fue sesgada y no fue sencillo subsanarlo. Sin embargo algunos docentes laicos (Omar Argerami, en filosofía; “Chiche” Orbe y Esteban Punte en Pedagogía, entre otros), oxigenaron y abrieron espacios alternativos.

las puertas para iniciar una lectura más sistemática de los documentos del Concilio Vaticano II y de otros documentos magisteriales posteriores, complementando y acrecentando lo realizado al respecto anteriormente. Algunas categorías como Pueblo de Dios, Sacramento, Misterio... comenzaron a hacerse familiares dentro de la eclesiología y sus implicancias pastorales. Asimismo otras como: signos de los tiempos, profetismo, justicia y paz, renovación, emergencia del laicado, nuevo estilo de misión, religiosidad popular, santuarios, compromiso temporal, renovación pastoral, etc.

Luego entre 1979 y 1982, cursé los estudios teológicos en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina (UCA). Como lo había hecho en La Plata nuevamente compartí las aulas con seminaristas de diversas diócesis del país y con algunos religiosos de variados carismas. El decano era Lucio Gera. Disfruté de este período inicial de estudios teologales.⁴⁸

En algunas materias teníamos la oportunidad de contar con los apuntes –mimeografiados– elaborados por los mismos profesores. Fueron verdaderos tratados de teología confeccionados a la luz de la reforma y la renovación suscitada por el Concilio Vaticano II. De este modo, entre los apuntes, las lecturas de artículos de revistas y textos generalmente de autores europeos –traducidos al castellano–⁴⁹ iniciábamos una reflexión de la teología posconciliar en sus diversas ramas. Agradezco vivamente a aquellos “maestros” que se ocuparon de cultivar la docencia y el análisis teológico en un período de búsquedas y experimentaciones que hoy podemos mirar retrospectivamente.

También hubo algunos vacíos en la formación teologal de ese período. Me refiero a la carencia significativa y hasta provocativa de temas, reflexiones, interrogantes o praxis teologales latinoamericanas y argentinas. Algunos profesores de la facultad habían sido, los mento-

48. Varios profesores de este período son inolvidables, al nombrar a unos, seguramente cometeré la torpeza de no mencionar a otros que merecerían idéntico recuerdo: Juan C. Maccarone (Teología Fundamental y Gracia), Ricardo Ferrara (Dios Uno y Trino), Gustavo Podestá y José Rovai (Antropología Teológica), Antonio Marino y Pablo Sudar (Cristología), Lucio Gera (Eclesiología), Eduardo Briancesco (Virtudes teologales), Rafael Braun (Virtudes morales), Rubén García sdb (Historia de la Iglesia), Gerardo Farrell (Sociología religiosa) y otros.

49. Por ejemplo *Mysterium Salutis*, *Sacramentum Mundi*, la colección de Teología Dogmática dirigida por Johann Auer y Joseph Ratzinger, etc.

res de la recepción del Concilio Vaticano II en la Iglesia argentina y/u otros estuvieron vinculados a las Conferencias Episcopales Latinoamericanas de Medellín y Puebla, pero en las aulas parecía reinar un acuerdo implícito: “de eso no se habla”. No quisiera ser injusto en mi recuerdo, pero tanto la “Teología de la Liberación” como la “Teología del Pueblo”, no tuvieron cabida explícita en los planes de estudios o en las reflexiones de las materias teológicas.

Personalmente en la reflexión teológica pastoral, fui abriendo un camino gracias a las propuestas gestadas por mi Congregación en la actualización e interpretación del carisma misionero a partir de la renovación conciliar. De este modo en los últimos años de los estudios teológicos (1981) inicié en el Centro de Comunicación Educativa “La Crujía” –Hermanos de La Salle–, algunos cursos y prácticas en torno a la comunicación grupal. En este contexto, durante el año 1982 emití los votos perpetuos, recibí el orden del presbiterado, obtuve el bachillerato en Teología y fui destinado para servir en un centro de comunicaciones audiovisuales.

En los últimos meses de 1983, la Hna. Teresa Rasilla –de las Hermanas de la Asunción–, me presentó el borrador de un audiovisual tipo biográfico sobre el ministerio episcopal de Mons. Enrique Angelelli en La Rioja (1968-1976). Fue mi primer contacto con la figura pastoral de E. Angelelli. Los diálogos mantenidos con la religiosa mientras confeccionáramos este audiovisual, imprimieron un fuerte impacto en mi vida religiosa-misionera y presbiteral.

Las motivaciones y los desafíos asumidos por Angelelli junto a la Iglesia riojana, me orientaron hacia un posicionamiento teológico y pastoral como joven religioso-misionero y presbítero en el mundo secular y eclesial. Considero que la activa participación en la confección del audiovisual de Mons. Enrique Angelelli, como los otros que siguieron acerca del Cura Brochero en 1985 y sobre el pbro. Carlos Mugica en 1988 y de un video testimonial sobre Mons. Enrique Angelelli en 1986, me vincularon con la memoria viva de estos pastores eclesiales de diversas latitudes geográficas y culturales, a fin de reconocerlos como testigos de la Buena Nueva de Jesús, encarnándola en la situación concreta de la humanidad y de la historia. De este modo, fui logrando algunas respuestas a los interrogantes que permanecían abiertos desde mis años de formación teológica inicial. Estos tuvieron

un reposicionamiento significativo al investigar y defender mi tesis doctoral –en la querida Facultad de Teología de la UCA– titulada: “Mons. Enrique Angelelli, pastor que evangeliza promoviendo al hombre íntegramente. Intérprete teológico pastoral del Concilio Vaticano II y de los documentos finales de Medellín”.

2. *En busca de nuevos senderos*

Las hebras de la “memoria” y de la “comunicación”, serían como un binomio, como las dos caras de una misma moneda, que significativamente de la mano de Angelelli, Brochero y Mugica, comenzarían a tejer sus lazos, a revelar y relevar figuras, tiempos, rostros, acontecimientos, recuerdos, voces que se fueron haciendo eco en mi vida religiosa-misionera y presbiteral. El año pasado he cumplido 30 años de mi ordenación presbiteral.

Con Bruno Forte asevero que

“Lejos de ser la casa de la nostalgia, la memoria habitada por el presente y perdurando en él con sus provocaciones y sus tesoros, es terreno de profecía y camino del porvenir. Entre extrañamiento y pertenencia, entre lejanía y proximidad, el pasado sigue estando vinculado a nosotros, aunque quisiéramos ignorarlo, y se hace fecundo apenas su conocimiento se abre a aquel encuentro, a aquella «fusión de horizontes», que abre paso a posibilidades escondidas y reserva fecundas sorpresas”.⁵⁰

Desde esta memoria como “fusión de horizontes” me vinculo con el espíritu del decreto “El ministerio y la vida de los sacerdotes” (PO) promulgado el 7 de diciembre de 1965 y a otros documentos que le siguieron a la fecha. ¿Cuál fue el *kairós* del Vaticano II para los presbíteros? Entre otros señalamos: el haber ligado el ministerio y la vida del presbítero a la evangelización (cf. PO 4) y a las nuevas *experiencias pastorales* hasta entonces marginales, como la de los sacerdotes obreros (cf. PO 8). El decreto también se inscribe en la necesidad de una conversión de la pastoral clásica insuficientemente asumida frente la

50. B. FORTE, *La teología como compañía, memoria y profecía*, Salamanca, Sígueme, 1990, 75.

incredulidad y la injusticia creciente. También tenemos que reconocer que el decreto si bien se abre a expresiones poco tradicionales de la actividad ministerial –desde la categoría de evangelización–, con todo asume una teología bastante clásica/posttridentina del sacerdocio. Por lo mismo, nos hallamos frente a algunos interrogantes entre los cuales podríamos detenernos: ¿ha logrado PO articular la antigua teología, justificación ideológica de una visión hierática o sacral del sacerdocio, en la perspectiva misionera/evangelizadora surgida de la nueva situación de la Iglesia y del mundo?

En los testigos que antes he indicado –Angelelli, Brochero, Mugica– y en otros contemporáneos más próximos, observamos que el ministerio se ha desvestido –desensillado– del aura sacral-litúrgica para revestirse del mandato misionero. Y por lo mismo se reconoce que la situación del interlocutor cristiano o no, se convierte en elemento decisivo de la forma de revestir la vida y la misión del presbiterado. Desde PO lo que especifica al ministerio del presbítero no es el poder –casi abstracto– de consagrar el pan y el vino, sino la relación entre la forma de ejercerlo y la situación de los seres humanos. Además me pregunto, ¿ha logrado el Vaticano II quebrar esa antigua idea sacral de separación, que aisló al presbítero de la comunidad cristiana? El criterio de vida del presbítero según el Vaticano II es su entrega comprometida por la evangelización. Por eso prevalece la movilidad en la relación misionera/evangelizadora, el Vaticano II no fija el sacerdocio en el *a priori* del oficio litúrgico o de liderazgo –aunque los reconoce y destaca PO 5-6–, sino en la relación arriesgada con los seres humanos de todas las condiciones o situaciones a quienes se dirige la Buena Nueva de Jesucristo. El espacio nuevo que abre el Concilio es el de la relación dialogal como medio evangelizador.

Algunos pueden considerar que el anuncio, más que diálogo, es proclamación. Pero diálogo y proclamación no son para nada incompatibles. ¿Sería posible proclamar efectivamente la Buena Nueva del reinado de Dios sin escuchar a las personas? Juan Pablo II, en el Mensaje para Jornada Mundial de las Misiones del año 2002, insistió en que hoy “el camino principal de la misión es el diálogo sincero”.

Entonces nos preguntamos: ¿cómo conjuga el presbítero el “poder sacramental” –sobre todo en lo litúrgico y en el pastoreo/liderazgo de la comunidad– con el espíritu dialogal de la evangelización?

Reconocemos que PO 6 plantea lo polémico del tema al indicar que el poder está privado del “autoritarismo” mediante la ética del ejercicio, el servicio a los fieles y especialmente a los pobres y marginados. No es un tema menor ni de resolución sencilla. El Vaticano II ha exhortado en PO a una observancia “ética” ante esta polémica, aún buscamos un nuevo modo en la relación más circular entre los presbíteros y las otras formas de vida cristiana en la comunidad eclesial. “Relación circular” que brota de la misma Trinidad y por ende de la fuente bautismal y a la vez diferenciada por la opción de carismas y dones personales (cf. LG 12). El estudio y la puesta en praxis ministerial del sacerdocio bautismal propio de todas las formas de vida cristiana es un ítem abierto en el Concilio y que en este tiempo debemos revisar y reflexionar según el espíritu de LG 10-11.

Finalizando ponemos nuestra atención sobre el cambio cultural⁵¹ que vivimos y los múltiples desafíos que le presenta a la vida y la misión del presbítero. Necesitamos mirar e interpretar lo que nos acontece. Todos sabemos que estamos transitando un tiempo cuyos rasgos fundamentales son los cambios vertiginosos y profundos. “Vivimos un cambio de época cuyo nivel más profundo es el cultural” (Aparecida 33). Aun cuando algunos valores y normas sociales y eclesiales se mantienen, reconocemos que estamos en medio de una etapa de transición de un mundo de significados y valores que se derrumba ante nuestros ojos y uno nuevo que no termina de plasmarse. Todo ello repercute en la vida y la misión del presbítero. Se percibe incertidumbre por la gran transformación social y eclesial que no se sabe bien hacia dónde se encamina. Desde el punto de vista sociocultural, vivimos tiempos de gran tensión en el que las instituciones –matrimonio, familia, escuela, parroquia, etc.– sufren desgaste y deterioro al caer muchos ideales tradicionales, al debilitarse prácticas y formas organizativas, y al cuestionarse roles establecidos. ¿Qué significa este debilitamiento de las instituciones para el presbítero que las sostiene y a la vez es sostenido por ellas? En algunos casos provoca la vivencia de desorientación por la ausencia de puntos de apoyo seguros, ya que aquello que lo sostenía y orientaba en la vida, es vivido como insatis-

51. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Aportes para la Pastoral Familiar de la Iglesia en Argentina*, Buenos Aires, Oficina del Libro, 2009, 21.

factorio o inadecuado. No se encuentra confianza en lo antiguo o heredado y se sufre porque aún no se perfila claramente lo nuevo.

Si la Iglesia como realidad histórica es “pueblo siempre en camino”, el ideal de recuperar la Iglesia-koinonía del cristianismo original: ¿no nos impone reformular nuestras estructuras, entre ellas, la ministerial ordenada? El debate podría abrevarse en la *conversión pastoral* animada desde el Documento de Aparecida donde señala que:

“estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios. De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales” (APARECIDA 367).

LUIS OSCAR LIBERTI, SVD

VI

“La recepción encierra la esperanza de una Iglesia inclusiva” Una lectura desde una perspectiva de mujer bautizada

1. Mi testimonio sobre la Iglesia del Vaticano II

Pertenezco a la generación de mujeres que nacimos con el Concilio Vaticano II. En efecto, nací en el año 1961, mientras se preparaba el inicio de la celebración del acontecimiento conciliar. Me resulta muy significativo saber que en 1963, al final de la Tercera Sesión conciliar, el Cardenal Suenens propuso la incorporación de *mujeres auditoras en el Concilio*, una práctica sin precedentes en la historia del cristianismo.⁵² La moción se concretó en 1964, en la cuarta sesión, por medio de

52. CARD. L.-J. SUENENS, “La dimension charismatique de l'Église”, en: Y. CONGAR; H. KÜNG; D. O HANLON, *Discours au Concile Vatican II*, Paris, Les Éditions du Cerf, 1964, 31-36, 36.

la presencia de 22 mujeres auditoras –hasta el día de hoy prácticamente desconocidas–. Una de ellas, Mary Luke Tobin afirmó que “el Concilio fue una amplia puerta abierta, demasiado amplia como para cerrarse. La renovación no tiene fin. Para continuar dando vida, debe seguir siempre avanzando”.⁵³ Y Margarita Moyano, la auditora argentina –laica–, nos recuerda la vitalidad del grupo “Iglesia de los pobres”, en el que participaban algunos obispos argentinos durante la celebración del Concilio.⁵⁴

Ciertamente que el tema de la/s mujer/es tuvo un lugar en los Documentos Conciliares (cf. LG 32b, GS 29a.b, AA 9, etc.), pero no se debe relativizar su presencia en el Aula conciliar por el cambio de paradigma que representa. Unido a estos hechos, deseo señalar que mi vocación teológica estuvo ligada a mi conversión a la vida de fe, al recibir el bautismo a la edad de 13 años. Este despertar vocacional encontró un ambiente favorable a la promoción del laicado en la Iglesia: algunos teólogos y obispos de Argentina, claramente “sellados” por el acontecimiento del Vaticano II, me confesaron que soñaban–querían una participación más plena de la/s mujer/es en la Iglesia y en la teología. Sé que en gran parte debo a ellos mi camino y lo agradezco, porque tuvieron intervenciones que posibilitaron que las puertas se fueran abriendo.

Recién una década más tarde de la Clausura del Concilio, alrededor de 1974/1975 –que fue el período de mi conversión y educación religiosa–, comencé a saber sobre él indirectamente, a través de diversas prácticas eclesiales, instituciones religiosas, movimientos juveniles y estructuras diocesanas de pastoral. Conocer y leer los documentos vino después, cuando inicié los estudios de teología. En cuanto a las prácticas que me posibilitaron ir encontrando al Vaticano II, puedo mencionar sobre todo tres: 1) la catequesis del colegio religioso en el cual hice mi secundario, junto al testimonio de las religiosas y catequistas laicas que acompañaron –con sus límites y sus aportes– el proceso de mi despertar a la fe cristiana católica y recibir los sacramentos

53. C. McENROY, *Guests in their own House. The Women of Vatican II*, Eugene, Oregon, Wipf & Stock, 1996, 270. Texto citado por M. ECKHOLT, *Ohne die Frauen ist keine Kirche zu machen. Der Aufbruch des Konzils und die Zeichen der Zeit* [Sin las mujeres no se puede hacer Iglesia. El quiebre del Concilio y los signos de los tiempos], Ostfildern, Matthias Grünewald Verlag, 2012, 7-9.

54. M. MOYANO, “A veinte años de Medellín”, en: AZCUY; GALLI; GONZÁLEZ (eds.), *Escritos Teológico-Pastorales I*, Buenos Aires, 2007, 460-467, 462.

del bautismo y la comunión primero, y la confirmación unos años después; 2) el movimiento juvenil Palestra, que inspirado en el profetismo de Medellín, tuvo como objetivo la formación de líderes cristianos y recibió en Buenos Aires el apoyo de los hermanos lasallanos, los frailes Dominicos de la provincia de Aragón y otras comunidades religiosas; 3) algunas actividades de la Pastoral Juvenil impulsadas por el decanato de Flores en la arquidiócesis de Buenos Aires. Esto quiere decir que, en un primer momento, conocí el Concilio a través de los espacios eclesiales y las personas y comunidades con las cuales interactuaba en esos tiempos.

Con el inicio de la cursada en la Facultad de Teología en 1980 fui aprendiendo a conocer los Documentos Conciliares de modo más profundo, sobre todo en el curso de Eclesiología. Desde 1986, año en que inicié la Licenciatura en Teología, pude colaborar como asistente de la cátedra de Lucio Gera, hasta 1992; éste fue un período no sólo decisivo para mi formación teológica, sino también de ahondar en las perspectivas abiertas por el Concilio Vaticano II en eclesiología. Mi participación en esta cátedra de la Facultad de la Universidad Católica Argentina comenzó con la preparación y el dictado del tema del “Laicado en la Iglesia” (LG IV); éste fue un primer antecedente que, años después a partir de mi doctorado en 1996, me llevaría a dictar el curso “Lectura de Textos del Vaticano II” en esta misma Facultad. Cuando cursé y empecé a colaborar, no se dictaba –en un sentido específico– el tema de la/s mujer/es en la Iglesia; desde hace algunos años, de común acuerdo con Carlos Galli, actual titular de la cátedra de Dogmática IV: Eclesiología, lo estoy enseñando a mis alumnos/as.

La lectura del Concilio desde la perspectiva de la mujer también ha sido un camino de estudio, investigación y publicación en el ámbito local, compartido con otras teólogas principiantes y formadas –dos de ellas, Josefina Llach y Carolina Bacher Martínez, participantes en esta compilación–. El camino de estudio y reflexión con las teólogas comenzó en 1998; en el año 2000, en colaboración con Marcela Mazzini, iniciamos un taller de espiritualidad con alumnas del bachillerato, que fue dando lugar a un progresivo interés por parte de algunas. Desde el año 2003 hasta el presente en 2013, en diálogo con teólogas alemanas y latinoamericanas, hemos tenido la oportunidad de cons-

truir y compartir el espacio colectivo del programa Teologanda.⁵⁵ Estos pasos serían impensables sin la Iglesia del Vaticano II y su recepción en nuestro ámbito.

2. *Desafíos al cumplirse 50 años del Concilio Vaticano II*

Mirando hacia el futuro creo que nos queda mucho por hacer para “completar lo que falta a la recepción”. La Iglesia del siglo XX ha dado realmente un “giro copernicano” en la valorización y el reconocimiento de las mujeres cristianas, incluso ha cambiado con ello la visión de muchos siglos anteriores. Pensemos, por ejemplo, en el *sexus obstat* que detuvo el doctorado de Teresa de Ávila en 1923 y en su proclamación universal como “doctora de la Iglesia” por medio de Pablo VI en 1970, que releía de modo más amplio la cláusula de tradición paulina que las mujeres callen en la asamblea. Pero, ¿qué significa reconocer que la Iglesia católica “ha hecho un cambio de posición”? ¿Se ha recepcionado el significado profundo de una encíclica sobre la dignidad de la mujer a fines del siglo XX de la era cristiana? ¿Qué consecuencias tienen estos “cambios de rumbo” para la vida concreta de las iglesias locales? Se reclama la atención hacia las iglesias locales, pero cuando la renovación viene de la Iglesia de Roma no se ve que se registren con claridad las exigencias de conversión teológica, pastoral y espiritual.

En atención a la vida concreta de las mujeres y sus experiencias en la Iglesia e incluso, lamentablemente, sus éxodos, queda claro que la renovación impulsada por el Concilio no está concluida. Además, existen diversas tensiones propias de un cambio que no termina de concretarse: la Iglesia está “en situación interina”, en proceso de transformación.⁵⁶ También me gusta caracterizar esta situación histórica con la palabra alemana *Lernprozess* (proceso de aprendizaje). Esta realidad de reforma eclesial está relacionada con la apertura a la conversión, con la propuesta de un modelo eclesiológico de comunión y, ciertamente, está en conexión directa con las posibilidades de participación creciente de las mujeres en las iglesias.

55. Para más información, ver el portal del programa en: www.teologanda.org.

56. Cf. K. RAHNER, “Iglesia en transformación”, en: *Escritos de Teología 6*, Madrid, 1969, 445-468.

Sin pretender una lista exhaustiva de las cuestiones pendientes, menciono algunas tareas que nos desafían a la conversión pastoral:

1. Ser capaces de autocrítica y discernimiento en vistas a tomar conciencia de los propios condicionamientos y prejuicios;
2. Revisar los modos de ejercicio de la autoridad que no permitan el empoderamiento de la vida consagrada y laical en las iglesias;
3. Recurrir al aporte de las ciencias para tener las herramientas necesarias de análisis e interpretación de las relaciones varón-mujer;
4. Practicar formas de diálogo y reconciliación que ayuden a desmontar las sospechas, los miedos y otras dificultades relacionales;
5. Construir la confianza mutua por medio del reconocimiento y la estima de la alteridad y la diferencia;
6. Fortalecer la conciencia del valor de la comunión, la cooperación y el compañerismo al servicio de la nueva evangelización;
7. Alentar el desarrollo de diversas formas de “misión compartida” entre mujeres y varones, desde una espiritualidad de la reciprocidad.

Como mujer bautizada, miembro del Pueblo de Dios en la forma consagrada de vida, pienso que la recepción del Concilio Vaticano II encierra la esperanza de una “Iglesia inclusiva”, es decir, una Iglesia en la cual todas y todos puedan vivir plenamente la dignidad de su vocación de hijas e hijos de Dios. Como toda recepción es siempre inacabada, la tarea continúa: “en una Iglesia que corre el riesgo de presentar todavía un rostro de acentuada identidad jerárquica, clerical y masculina, resulta esencial que encuentre espacio y visibilidad la dimensión profética, laical y femenina”.⁵⁷

VIRGINIA RAQUEL AZCUY

57. P. CODA, “Cruzar el umbral de la reciprocidad”, *Criterio* 2308 (2005), 491-493, 491.

VII

**“Caminar juntos” lo que falta a la recepción...
Para seguir andando: la sinodalidad y los signos de estos tiempos**

Para retomar los aportes particulares y diversos de este Panel desde una mirada de unidad, propongo dos claves de lectura, aunque por razones de espacio me detendré más en la primera de ellas.⁵⁸ Con estas claves nos situamos en la eclesiología de comunión misionera y su correspondiente espiritualidad. En su dimensión histórica, la recepción es un proceso lento, siempre inacabado; por esta razón, Juan Pablo II afirmaba que la mejor preparación ante el nuevo milenio era “el renovado compromiso de *aplicación*, lo más fiel posible, *de las enseñanzas del Vaticano II a la vida de cada uno y de toda la Iglesia*”.⁵⁹ También, en un sentido semejante, lo manifestó Benedicto XVI en *Porta fidei*, al subrayar que “si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, [el Concilio] puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia”.⁶⁰ *Ecclesia semper reformanda* es la fórmula empleada por el Concilio, en la Constitución dogmática sobre la Iglesia (cf. LG 8c), para indicar la necesidad permanente de purificación y conversión; el llamado de todos a la santificación se da en la condición histórica y la Iglesia se caracteriza, así, por una “santidad verdadera, aunque todavía imperfecta” (LG 48c), una santidad en camino. En *Lumen fidei*, la encíclica a cuatro manos de Benedicto XVI y Francisco, también se respira la eclesiología sacramental de comunión, en cuyo marco se enfatiza el “nosotros eclesial” como comunión de personas a imagen de la trinidad (cf. LF 39, 43).

Como afirma Jorge Scampini, “la recepción implica una eclesiología y una práctica eclesial”.⁶¹ Y si tenemos en cuenta que los nombres de la Iglesia del Vaticano II son “Pueblo de Dios”, “Cuerpo de Cristo”, “Comunión” –en *Lumen Gentium*– y “Tradición viviente” –

58. Sobre signos de los tiempos, ver Azcuy, “El Espíritu y los signos de los tiempos”.

59. JUAN PABLO II, *Tertio Millennio Adveniente*, Buenos Aires, San Pablo, 1994, N 20. En adelante TMA.

60. BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, Buenos Aires, Ágape, 2011, N 5. En adelante PF.

61. SCAMPINI, “La noción de recepción”, 121.

según *Dei Verbum*–, la eclesiología y la práctica eclesial de la comunión misionera quedan en el centro de la recepción: comunión con Dios en Cristo por el Espíritu y entre los bautizados que son miembros de un mismo cuerpo, comunión con la Palabra de Dios ante la cual la Iglesia se descubre y realiza como oyente y proclamadora.⁶²

1. *Hacia una Iglesia-comunión vivida en la sinodalidad*

Por ser la Iglesia una comunión y sus acciones estar marcadas por un estilo comunitario, ella se expresa comunitaria y socialmente en la sinodalidad. Para los primeros cristianos, “sinodalidad” significa “viajar en común” (del gr. *syn-hodos*, “con” o “conjuntamente” y “camino”); en su uso habitual, sirve para designar a la asamblea litúrgica y sobre todo a la Iglesia en su conjunto, como lo afirma San Juan Crisóstomo: “Porque la Iglesia tiene por nombre reunión y sínodo”.⁶³ La existencia y el desarrollo de la sinodalidad es el fruto normal de una Iglesia-comunión que es comunidad desde los inicios.⁶⁴ En el Concilio Vaticano II, la sinodalidad se realiza en su sentido más pleno en la colegialidad (cf. LG 23), pero también se relaciona con las iglesias concretas, sus miembros y sus estructuras: los consejos presbiterales, pastorales e incluso los consejos específicos de laicos.⁶⁵ En la misma perspectiva, se puede destacar la apertura a los concilios provinciales o plenarios y a los sínodos diocesanos (cf. CD 36), que según las prescripciones del Código de 1983 pueden incluir a una mayoría de laicos (cánones 460-463). Los aportes de Jorge E. Lozano y Luis O. Liberti, en esta compilación, se inscriben en este horizonte claramente, no sin señalar los riesgos y desafíos pendientes.

En cuanto a la etapa posconciliar, Madrigal afirma que la sinodalidad ha sido una característica del pontificado de Juan Pablo II; en

62. Cf. S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, Salamanca, Sígueme, 2009, 135-174.

63. *Comentario al Salmo 149,1*: PG 55,493.

64. Cf. PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, 565ss.

65. Cf. PO 7; CD 27; AA 26.

66. Cf. S. MADRIGAL, “Plädoyer por una Iglesia sinodal: corresponsabilidad, autoridad y participación”, en: *Vaticano II: Remembranza y actualización. Esquemas para una eclesiología*, Santander, Sal Terrae, 2002, 323-337, 327.

Tertio Millennio Adveniente leemos una síntesis apretada de la visión pontificia:

“En el camino de preparación a la cita del 2000 se incluye la *serie de Sínodos* iniciada después del Concilio Vaticano II: Sínodos generales y Sínodos continentales, regionales, nacionales y diocesanos. El tema de fondo es *el de la evangelización* (...) Estos Sínodos ya forman parte por sí mismos de la nueva evangelización: nacen de la visión conciliar de la Iglesia, abren un amplio espacio a la participación de los laicos, definiendo su específica responsabilidad en la Iglesia, y son expresión de la fuerza que Cristo ha dado a todo el Pueblo de Dios, haciéndolo partícipe de su propia misión mesiánica, profética, sacerdotal y regia.” (TMA 21)

Se puede pensar que “la sinodalidad está siendo el punto de llegada de la eclesiología conciliar”, teniendo en cuenta que “en todos los niveles de la estructura eclesial se han configurado formas colegiales e instituciones sinodales de diversa envergadura”.⁶⁷ La promoción de la eclesiología de comunión, sobre todo a partir del Sínodo de 1985, ha sido decisiva en la comprensión de la sinodalidad de todos los nuevos organismos que “están dando aún sus primeros pasos”.⁶⁸ También en *Novo Millennio Ineunte* Juan Pablo II vuelve a mencionar el tema de los Sínodos, precisamente con relación a la espiritualidad de comunión:

“Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia. En ella, la comunión ha de ser patente en las relaciones entre obispos, presbíteros y diáconos, entre pastores y todo el pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales. Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación previstos por el Derecho canónico, como los *Consejos presbiterales y pastorales*. (...) la teología y la espiritualidad de la comunión aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre pastores y fieles, manteniéndolos por un lado unidos *a priori* en todo lo que es esencial y, por otro, impulsándolos a confluír normalmente incluso en lo opinable hacia opciones ponderadas y compartidas”.⁶⁹

Que la comunión es el alma de la sinodalidad y que éste es el

67. MADRIGAL, “Plädoyer por una Iglesia sinodal”, 327.

68. PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, 567. El autor señala los límites del Código de Derecho Canónico al omitir el tema del *sensus fidei*.

69. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, Buenos Aires, Paulinas, 2001, N 45a. En adelante NMI.

camino de la Iglesia desde los orígenes, lo muestra tanto el “método sinodal” del Concilio de Jerusalén bajo la guía del Espíritu (cf. Hch 15,1-30) como la práctica posterior de la Iglesia. En cuanto a la sinodalidad de los organismos eclesiales, Piero Coda destacó –en su visita de 2005⁷⁰– a que su estancamiento pide una revisión de los principios que animan la comunión que son de naturaleza espiritual y operativos y sugiere realizar una exploración desde el campo de la eclesiología y la teología práctica; señala también los peligros de desilusión y vacío de estructuras.⁷¹

2. *La comunión al servicio de los signos de esta época*

Aunque me he concentrado en la eclesiología de comunión, quiero hacer una breve referencia a la misión evangelizadora de la Iglesia, también destacada en los aportes presentados en esta compilación. Es un hallazgo del magisterio posconciliar haber planteado la unidad inseparable entre comunión y misión; la fórmula “comunión misionera” da cuenta de ello.⁷² Como señalé antes, el Concilio presenta en *Dei Verbum* a la Iglesia como oyente y proclamadora de la Palabra, la muestra como “Tradición viviente” porque, con la ayuda del Espíritu Santo, “la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia y por ella en el mundo entero” (DV 8).⁷³ La recepción del Concilio Vaticano II invita a todo el Pueblo de Dios a renovar la centralidad de la Palabra en la Iglesia y en su misión. Al preparar el Año de la fe en *Porta fidei*, Benedicto XVI retoma el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio y exhorta a *la fe que escucha la Palabra*, porque “lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera” (PF 15).

70. Participó en la Semana de Teología de la Sociedad Argentina de Teología, a la que se refirió el aporte de Pablo Sudar.

71. Cf. P. CODA, “La *Lumen Gentium* y el camino de la Iglesia 40 años después”, en: SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA (ed.), *A cuarenta años del Concilio Vaticano II. Recepción y actualidad*, Buenos Aires, San Benito, 2006, 13-30, 19ss.

72. Acuñada por la exhortación *Christifideles Laici*.

73. Cf. PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, 170-174.

Para Benedicto VI y Francisco, en la reciente encíclica *Lumen Fidei*, se hace necesario insistir en la importancia de la transmisión de la fe por el testimonio: “de rostro en rostro”, “de generación en generación” (LF 37-38). “Ser testimonio de un Dios cercano”, nos decía Josefina Llach y al serlo, “amar más a nuestro tiempo”, sugería Jorge Lozano, para poder acertar el lenguaje. En esta Iglesia llamada a ser testimonio de comunión, del “nosotros eclesial”, estamos desafiados a “pasar de un reconocimiento anónimo a otro con *nombres propios*”, recordaba Carolina Bacher al hablar de algunos laicos y laicas contemporáneos. Luis Liberti, en sintonía con los otros testimonios, reforzaba la exigencia para los presbíteros de “conjuguar la potestad sacramental con el espíritu dialogal de la evangelización”. Y, finalmente, el testimonio de una comunión trinitaria, la Iglesia ha de darlo en las relaciones de igualdad y reciprocidad entre los varones y las mujeres, haciendo posible una “Iglesia inclusiva”, como proponía Virginia Azcuy como mujer bautizada.

En definitiva, toda recepción remite al asentimiento que la fe debe a Jesucristo, Palabra de Dios para la humanidad; por lo tanto, los diversos senderos y ámbitos de la recepción están al servicio de practicar el Evangelio.

VIRGINIA RAQUEL AZCUY